28

28

AGENCIA GENERAL HISPANO-CUBANA.

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

MADRID.

Sociedad de **Operarios**, calle del Factor, núm. 9.

1849.

OBRAS PUBLICADAS.

La Creacion del mundo, y el Diluvio universal.
¡Es un Angel!
Trabajar por cuenta agena.
La Gloria del Arte.
Juan sin Tierra.
D. Sancho el Bravo.
Para Heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Mi Mamá.
El 5 de Agosto.
Los Amantes de Chinchon. (Parodia de los Amantes de Teruel.)
El Ensayo de una Opera. (Zarzuela.)
Un Dómine como hay pocos.

[664:11]

#11

EL 5 DE AGOSTO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS, 1829-1898

Representado con aplauso en el teatro de la Cruz.

MADRID:

Imprenta de la **Viuda de D. R. J. Dominguez,**
calle de Hortaleza núm. 67.
1849.

INTERLOCUTORES.	ACTORES.
UN PEREGRINO. (*Barba y cabellos prolongados en los cuales brillan algunas canas.*) . .	**Sr. J. Tamayo.**
EL CONDE. (*Jorobado, cabello enmarañado y rojo.*)	**Sr. J. Lombia.**
GENARO.	**Sra. M. Osorio.**
ALBERTA, *de treinta y dos años.*	**Sra. J. Baus.**
ADALETA, *su hija, de diez y seis años*	**Sra. J. Samaniego.**

La accion pasa en el siglo XI.

Este drama es propiedad de los Directores de la Agencia general Hispano-Cubana de Madrid, los cuales perseguirán ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello su autorizacion, segun está prevenido en Reales órdenes de 5 de mayo de 1837, 8 de abril de 1839 y 4 de marzo de 1844.

ACTO I.

A la izquierda el ángulo saliente de un castillo antiguo y ruinoso, cercano á Barcelona y situado al pié de una montaña. Una puerta secreta en la parte que dá frente al público del ángulo: en la que se estiende desde su vértice hácia el foro estará la puerta principal, á la cual deberá subirse por un tramo de tres escalones. El foro estará ocupado por enormes rocas, entre las cuales deberá haber una saliente y practicable. Arboles y arbustos por todos lados. El cielo trasparente y sembrado de estrellas. Una luna clarísima alumbra el teatro. El sonoro ruido de las olas en calma se oye muy cercano.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon dan las doce sin cuartos en un vecino monasterio. El sonido de la campana debe ser casi imperceptible. El PEREGRINO *sale por la derecha, sitio en que se oye el ruido del mar. Al llegar en frente del castilllo se descubre la cabeza é hinca una rodilla en tierra.*

UN PEREGRINO.

Salud, fantasma combatido en vano
por el turvion y el huracan bravío.
De la montaña antiguo soberano,
que en grave magestad te alzas sombrio.
(*Se levanta.*)
Salud, roble impertérito, que ufano

me cobijaste en el ardiente estío.
(*Mirando hácia el foro.*)
Salud, alegre enantes y divina,
hoy solitaria, fúnebre colina.
Un lustro es hoy que alegre fulgurabas
en mágicos destellos de ventura,
(*Dirigiéndose al castillo.*)
y tus murallas sólidas ornabas
con manto de balsámica verdura.
Hoy brota, do la rosa contemplabas,
yerba en ponzoña henchida y amargura,
tenebroso murciélago se asoma
donde moró la cándida paloma.
Y tú, deidad nocturna, que en mi cuita
me prestate solícita consuelo,
hoy mas que nunca ausilio necesita
mi corazon ahogado en negro duelo.
La nuve del dolor se precipita
sobre mi frente cálida y el cielo
que en lluvia se deshaga no consiente.
¡Seca del llanto amigo está la fuente.
Oh! cuan lenta la dulce muerte abanza
cuando solo mentira hay en la boca,
y el pecho el bien de padecer no alcanza
y nada al llanto, ni al placer provoca,
ni se abrigan recuerdos ni esperanza:
mas ya el esquife en la ribera toca.
Al viento dá tu lúgubre chirrido,
ave agorera; al duelo te convido.
(*Ocúltase entre las rocas.*)

ESCENA II.

ALBERTA *y* ADALETA. *El trage de la primera debe ser negro, y blanco el de la segunda. El* CONDE *y criados que en seguida entran en el castillo á una señal de* ALBERTA.

ALB. Alentemos un punto el aire libre
en este ameno y apacible llano
antes de penetrar en esa tumba
cuya aspecto de nieve me ha tornado.
CONDE. Nunca os espante el que en la tumba mora.

Es segura prision el duro mármol.

ALB. Oh! Callad de mortal remordimiento
no os hirió á vos el penetrante dardo.

(*Se sienta en un banco de piedra que habrá colocado cerca del proscenio dando la espalda á su hija que se entretiene en el foro en contemplar las flores silvestres. El Conde empieza á recorrer aquellos lugares y por el lado opuesto al que se halla este y Alberta, aparece el Peregrino que dice en voz baja á Adaleta.*)

PEREG. Genaro aquí me envía.

ADAL. Será cierto?

PERE. Apenas escucheis en el cercano
monasterio la una, haced la seña
por él mas conocida.

ADAL. Un dulce canto
entonará mi voz; pero decidme
si llegar hasta mí le será dado.

PEREG. Si tardase en llegar á vos, al punto
volad á estos lugares.

ADAL. Entre tanto
vuestra mano dejad que humilde bese.

PEREG. Abrasara su fuego vuestros labios.
(*Ocúltase de nuevo.*)

ADAL. Fuerza es que yo me entregue á tanto gozo.
A mi aposento corro: alli os aguardo.
(*Yendo hácia su madre cuyas manos estrecha.*)

ESCENA III.

ALBERTA Y EL CONDE.

CONDE. Porqué vinísteis á mansion tan negra?

ALB. Hoy es el tremebundo aniversario
de la bárbara muerte de mi esposo
y vengo á visitar tras tantos años...

CONDE. Cinco no mas.

ALB. Su tumba solitaria.

CONDE. De nuestra suerte siempre nos quejamos
y culpa es nuestra si infelices somos.
Tal suceso olvidad.

ALB. ¿Cómo olvidarlo,

cuando vive esculpido en mi memoria
ese rico en horror sangriento cuadro?
Era nuestra morada este castillo,
nuestro mundo las flores de los prados
y en brazos de mi esposo el sol me hallaba
y hallábame la luna entre sus brazos.
Esa niña gentil, pura y sencilla
era á nosotros lo que el aura al campo,
lo que fresco arroyuelo cristalino
entre dos arrayanes solitarios.

CONDE. Mas la cándida vírgen de la dicha
(*Con marcada intencion.*)
rápida huyó al mirar en negro espanto
que súbito la atmósfera inflamaba
cárdena luz de ignipotente rayo.

ALB. Mi noble hermano levantó rebelde
pendon para vengar el fiero agravio,
contra el Conde que el hierro fratricida
clavó en el pecho de su triste hermano
porque su padre Berenguer primero
entre ambos hijos dividiera el mando
y él anhelaba ser de Cataluña
el único Señor; y osó tirano
de la regencia apoderarse, al hijo
huérfano á su tutela sujetando.

CONDE. El Conde entonces á vuestro esposo ordena
la furia refrenar de su cuñado,
y á campaña llamarle destructora,
si deudo infiel desprecia su mandato.
Forzosa era la guerra!

ALB. Mas el pecho
de mi esposo con lágrimas ablando.

CONDE. Y conseguis que á obedecer se niege
al que era su Señor.

ALB. Me amaba tanto!

CONDE. El Conde herido en su indomable orgullo
mira la causa en vos del desacato,
y para que os arrastren á su corte
arma crecida hueste de soldados.

ALB. Cunde la nueva, corren al castillo
nuestros deudos y amigos mas cercanos
de la afrenta á librarme decididos

ó en la demanda perecer jurando.
Y al divisar entre la sombra oscura
el brillo de las armas del contrario
desde empinada almena del castillo
desgarrador clarin hiende el espacio.
Vibra mi esposo el flameante acero
y los ojos volcánicos hinchados
en sangre ardiente, lánzase al combate
cual huracan bravío desatado.
Vuelan en pos los rudos combatientes.
Guerra al tirano. Guerra asorda el campo
y el eco de las cóncavas montañas
lúgubre repitió. «Guerra al tirano.»
Hállanse al fin la reducida hueste
y el enemigo numeroso bando,
y se chocan, revuelven y confunden
cual rabiosos torrentes encontrados.
Yo alumbraba la lid con roja tea
y su claror fatídico bañando
aquellos rostros cárdenos y el hierro
encendiendo la noche en vivo lampo
rencorosos demonios parecian
moviendo guerra en los profundos antros.
Aun los veo. Aquí estan! horror mil veces.
Esta cabeza que habla es de Aureliano.
Este brazo que aun lucha es de Rodrigo;
y mi esposo es aquel encadenado.
Por algunos valientes ayudada
yo conseguí escapar á tanto estrago.
Mas disfrazada corro á Barcelona
y al pie de la que guarda á mi Gonzalo
torre maciza ansiosa se situo.
En noche sepulcral en ella entraron
con la muerte colérico verdugo
y con la salvacion tranquilo santo.
De nieve me quedé; las once suenan
y vuelve el acha sangre destilando.
Escóndela á mis ojos que mi cuello
siente el frío mortal de su contacto.

CONDE. Volved en vos. (*Con sangre fría.*)

ALB. Murió mi triste esposo
y aquí sus restos yacen sepultados.

Olvidarlo! jamás: do quier que vaya
me seguirá recuerdo tan infausto:

CONDE. Que delirio! por Dios que á tal suceso
tan sensible jamas llegué á juzgaros.
Al otro dia de llamaros viuda
partísteis á Maguncia, el infamado
apellido ocultando por do quiera;
y aunque yo no os seguí, ni un solo paso
pudisteis dar, que yo no haya sabido;
y á fé que bien no cuadra tal quebranto
con la historia feliz de aquellos tiempos.

ALB. Qué me queréis decir?

CONDE. Nada. Dejando
recuerdos tristes, conversar podemos
de halagüeños asuntos para entrambos.
Cuando enlazar pensáis á vuestra hija?

ALB. Basta. Cesad! En este santuario!

CONDE. Tan solo cuenta diez y seis abriles:
mas yo con vivo fuego la idolatro.

ALB. Tal decís vos; su amigo mas querido,
en este dia de terror y llanto!
Vos, que ayer me digísteis que anhelábais
rendir tributo á su recuerdo amargo.

CONDE. Un lustro de su muerte ya ha cumplido;
á vuestra hija ofrezco mi condado.
A otro mortal amásteis delincuente
y habia apenas trascurrido un año.

ALB. Mentís! (*Con energía*)

CONDE. Qué miento? y apartais los ojos
y trémula buscais donde apoyaros!..
Genaro...

ALB. Ay Dios!

CONDE. Desconoceis tal nombre.
Porqué os estremeceis al escucharlo?

ALB. Y quién os hizo juez de mi conducta?

CONDE. Vos me acusais: bien puedo yo acusaros.
Cuándo será Adaleta esposa mia?

ALB. Nada con Adaleta he consultado.

CONDE. La misma noche en que logró evadirse,
cuando sufrió el castillo el duro asalto,
á Italia se partió, y allí ha vivido
de su tía el consejo aprovechando,

hasta que vos, de nuevo en vuestra patria,
para estrecharla, al fin la habeis llamado,
y solo dias há que la inocente
niña logró pisar el suelo patrio.
Nadie en tan breve espacio verla pudo,
y yo la ofrezco un puesto codiciado,
tesoros mil.

ALB. Pero...

CONDE. Acabad, Señora.
Mi horrenda fealdad le doy en cambio.

ALB. Tal no quise decir; pero aunque libre
lata su corazon, puede no amaros.

CONDE. Un navegante soy á quien no asusta
el ronco hervir del mar; y aunque á los altos
cielos montañas líquidas eleve
no vuelvo atras, si el áncora he levado,
y tumba encuentro en las revueltas olas,
ó al puerto llego en victorioso aplauso.
Voy á ganar aquella altiva roca
(*Señalando hácia dentro.*)
y seña haré de que se auyente el barco
que nos condujo, y mi mandato espera
al propio tiempo, ansioso contemplando
si en la mar, en la tierra, ó en el Cielo
se encierra objeto de existir aciago
aun mas que el ser que á vuestro lado se halla
por la naturaleza castigado. (*Váse.*)

ESCENA IV.

ALBERTA *sola, luego el* PEREGRINO.

ALB. Esa furia execrable del averno
la llaga de mi pecho ha emponzoñado.
Genaro, si, mi corazon es suyo
en vivo amor por él toda me abraso.
Y he de haberle perdido para siempre!
En derredor del sol lento ha girado
el mundo ya tres veces, de el instante
en que por vez postrera entre mis brazos
frenética le ví ¿cual de su fuga
sería la ocasion? Mas, Cielo santo,

tales ideas hasta aquí me siguen.
Oh! mísero mortal, orgullo insano.
Si la fatalidad clama iracunda,
aquí volad, raquíticos humanos;
aquí reptiles del nefando suelo;
aquí, de mi poder necios esclavos;
¿qué pueden ellos, sino hundir la frente
y allí volar y despacharse airados?
No resistiré mas. Hórrido espectro,
del sepulcro levántate indignado.
A otro hombre adoro, y diera por mirarle
en este sitio que me heló de espanto,
la misma vida. No; la vida es nada
para pagar un bien tan soberano.

PEREG. Hoy le vereis.

ALB. Gran Dios! Do te ocultabas?
(*Retrocediendo espantada.*)
¿Eres espectro guardador acaso
de esa mansion donde la muerte reina?

PEREG. Un hombre soy que logrará llevaros
de vuestro anhelo al término dichoso.

ALB. No te comprendo. Aparta. (*Aterrada.*)

PEREG. Os ha turbado
mi repentina aparicion, mas vedlo;
nada encierra mi ser de sobrehumano.
Todo lo sé.

ALB. Me oístes!

PEREG. Y os prometo
de ventura esta noche coronaros.

ALB. Cómo! Esta noche...

PEREG. Volvereis á verle.

ALB. Calla, y no mas te goces en mi daño.

PEREG. Si tres palmadas el silencio turban
á este lugar al punto encaminaos.

ALB. Qué dices? Santo Dios! Será posible?
Dime que mientes.

PEREG. La verdad mi labio
tan solo dijo.

ALB. Sí... dudar no debo.
Quién á mentir le obligó? A mi Genaro
contemplaré de nuevo. Esta esperanza,
por siglos vale de mortal quebranto.

Pero infeliz de mí! sueño ó deliro?
¿Cómo verdad juzgué lo que ese airado
espíritu me dijo mentiroso
de la honda tumba al morador vengando?
No lograrás que la esperanza abrigue
(*Dirigiéndose al Peregrino.*)
para que al fin me hiera el desengaño.
Ya lo ves; te abandono. (*Retirándose.*)
(*Entra en el Castillo y vuelve á salir al punto precipitadamente.*)
Vírgen Santa!
(*Despues de haber permanecido en silencio enmedio del teatro, escuchando con atencion.*)
Juzgué haber tres palmadas escuchado.
(*Vuelve á entrar en el castillo*)

ESCENA V.

El Peregrigo *y luego* el Conde.

Pereg. ¡Cómo, gran Dios, permites que se encierre
la esencia tuya en tan inmundo barro!
(*Sale el Conde pausadamente contemplando unas flores silvestres que trae en la mano; se para enmedio del teatro y contempla el Cielo durante breves momentos.*)

Conde. Cuán puras esas estrellas!
Del campo cuán seductores
los vivos gayos colores.
Cuán inocentes y bellas
aquestas silvestres flores.
Cuán ricos dones bertió
sobre esa tierra ese ser,
que en un punto la formó.
De cuánto le plugo hacer,
todo es bello... escepto yo.
En vuestra oculta maldad (*Dirigiéndose á las flores.*)
esas perlas conservad
para mas atormentarme
Os repugna contemplarme?
Causo miedo... no es verdad?
Gran pena ser deshojadas

por mis manos descarnadas
ay! para vosotras es.
¿Mas que direis desdichadas
cuando os ultragen mis pies.
(*Las arroja al suelo y las pisotea con diabólica sonrisa. El Peregrino se adelanta y le pone una mano sobre el hombro. El Conde se vuelve á él repentinamente.*)

PEREG. Mas hará de cinco lustros
que estuvísteis en Italia.
Allí con delirio amásteis
á la pescadora Laura;
pero cuando iba á ser madre,
y como el amor se acaba,
de Nápoles os partísteis,
dejándola abandonada.
Ella averiguar logró,
que en Barcelona os hallábais
y si me es fiel la memoria
así os dijo en una carta:
«Señor Conde, vuestra fuga
me ha causado pena tanta,
que al dar vida al hijo vuestro,
pierdo la que me quedaba.
Yo fallezco; el tierno niño
queda entre manos estrañas.
Mas no sabrá que hay quien puede
tornar en bien su desgracia.
Por si os conmueve su cuita,
sabed que en el cuello atada,
lleva la que vos me disteis,
gran señor, rica medalla.
Liveretto es su apellido;
Liveretto es el de Laura.

CONDE. ¿Sabeis vos donde se encuentra
ese pedazo del alma?
Abrumado en aquel tiempo
con asuntos de la patria,
no comprendí que despues
habria la negra falta
de deplorar; mas los años
con pesadísima carga
comenzaron á abrumarme,

y envié entonces á Italia
diligentes mensageros
que al hijo mio buscaran.
Pero nada al fin lograron,
sus pesquisas fueron vanas,
y ahora pienso en él sin tregua,
como en mi sola esperanza.
El me amaría; sus ojos
hermoso quizá me halláran.

PEREG. Quizá pueda yo algun dia
daros esa prenda amada.

CONDE. Será cierto? Le habeis visto?
Pronto, pronto. Dónde se halla?

PEREG. Inútil es preguntarme:
responder no puedo á nada.

CONDE. Cómo no? ¿Sabes á donde (*Colérico.*)
puede arrastrarme mi rabia?
Sabes que al mirar sentencio?

PEREG. Darme podeis muerte airada;
mas no obligarme á decir
ni tan solo una palabra.

CONDE. Me desafias y vences?
Oh! muy bien. ¿Y de esa carta
cómo el contenido sabes?

PEREG. Os lo he de decir.

CONDE. Pues habla.

PEREG. Mas tarde.

CONDE. De dónde vienes?

PEREG. De Venecia.

CONDE. ¿Y allí estaba
el hijo mio?

PEREG. Mas tarde.

CONDE. Quién eres hombre ó fantasma?

PEREG. Mas tarde obtendreis respuesta.

CONDE. Tu sangre fria me ultraja
¿Tú me ofreces devolverme
al hijo de mis entrañas?

PEREG. Lo ofrezco.

CONDE. Pues no lo olvides. (*Amenazador.*)
(Si yo abrazarle lograra!) (*Entra en el castillo.*)

ESCENA VI.

El PEREGRINO *y* GENARO.

PEREG. Pobres juguetes ¿qué mucho
que así jugando os quebrára?
Al fin llegó, ya era tiempo. (*Mirando hácia dentro.*)
GENARO. Aquí debe ser, no hay duda. (*Entrando por la derecha.*)
PEREG. Me conoceis? (*Acercándose á él.*)
GENARO. No por Dios.
PEREG. Há dos años que una lucha
con un tropel de asesinos
sosteníais en Maguncia,
cuando un hombre á libertaros
vino, de muerte sañuda.
GENARO. Y ese hombre?.. Ah! perdonad. (*Reconociéndole.*)
Mi turbacion me disculpa.
PEREG. Allí de tu labio supe
las estrañas aventuras
de tu azarosa existencia.
El que te envolvió en la cuna
impenetrable misterio
y que tan solo á tu mucha
osadía, y á un talento
nada comun, la fortuna
debias de gefe ser
de una numerosa turba
de fuertes aventureros.
Allí me diste profundas
señales de gratitud
y confianza absoluta.
Una vez yendo á tu lado,
me mostraste una hermosura,
que en un balcon aguardaba
á verte pasar sin duda,
diciéndome. Aquesa dama
me idolatra con locura.
Grito de sorpresa lanzo
y todo mi ser se inmuta.
Al verme tú vacilante
me prestas absorto ayuda.
Y lejos ya de aquel sitio

te dige en voz iracunda.
Por mi vives; luego parte
si es tu gratitud segura.

GENARO. Vióme aquella misma noche
sobre mi alazan la luna.

PEREG. El huracan desatado
de la ardiente vida tuya
te arrebató irresistible
de aventura en aventura,
hasta que á Venecia al cabo
de dos años llegas. Una
niña allí vieron tus ojos
bella tanto como pura.
Entonces hirió tu pecho
del amor la flecha aguda.
Y el jóven de corazon
viejo, que triste se burla
de la virtud, y que osado
en el rudo choque triunfa
poseido de respeto
y veneracion profunda
á los pies de aquella niña
se estremeció de pavura.
Tu dicha tornando en pena
una enfermedad, que súbita
te hiere, en cálido lecho
indomable te sepulta.
Y cuando volar te es dado
á donde verla acostumbras
logras saber que ha seis dias
se partió con gran premura,
mas no porqué ni á que sitio
de cuantos el sol alumbra.
Terminar tu vida quieres
al impulso de tu furia
cuando una carta recibes
que tu ardiente pena endulza.

GENARO. Ved esa carta que fué
en tan crecida amargura
clara estrella que entre nubes
símbolo de paz relumbra.
«Si ver á Adaleta quieres

(*Leyendo la carta que saca de la escarcela.*)
luego acorre á Cataluña
y el cinco del mes de Agosto
antes de que suene la una
do su madrugada , está
situado en la llanura
do el solitario castillo
del Conde Armengol se encumba.»
Esta es la hora ; este el llano;
tuyo el billete sin duda.
Poco me importa el misterio
de tan estraña conducta:
sé que desprecias el oro.
Pues bien mi existencia es tuya.
Quiero ver á mi Adaleta
y sin dilacion ninguna.

PEREG. Antes dime si al pasar
por Barcelona se escucha
alguna voz que desmienta
la salida de las turbas
que del Redentor del Orbe
vuelan á salvar la tumba

GENARO. No : mañana á media noche
dirigiéndose con suma
precipitacion á Francia,
pasarán por esta inculta
montaña.

PEREG. Da tres palmadas. (*Genaro le obedece.*)
A verla vas.

GENARO. Oh! ventura! (*Váse el Peregrino.*)

ESCENA VII.

GENARO *solo.*

Corre, corre vida mía
que te aguarda delirante
el que por verte un instante
siglos de placer daría.
A templar mi agitacion
ya son mis esfuerzos vanos;
no puedo con ambas manos

contener mi corazon,
Corre. Te aguarda el que un dia
te adoró en plácida calma.
Llega, Adaleta del alma.
Corre, vuela, gloria mía.

ESCENA VIII.

GENARO Y ALBERTA *que sale precipitadamente, dirige una rápida mirada por todo el teatro; sus ojos, hallando á Genaro, y con un grito penetrante se lanza en sus brazos.* GENARO *al reconocer á* ALBERTA *se agita con las mas vivas emociones.*

ALB. Genaro... Ay Dios! Genaro! ¿Será cierto
que en mis brazos frenética te miro?
No sueño, no deliro?
Dime que no, responde.
Mátame de placer. ¿Porqué se esconde
tu rostro y permaneces
sin movimiento y mudo y te estremeces?
¿Piensas que de tu fuga repentina
cuentas voy á pedirte? No Genaro.
Recobrado el riquísimo tesoro
qué importan los tormentos ya sufridos?
Suene tu voz de nuevo en mis oidos.
Déjame que tu rostro
contemple delirante.
Dulce es tu voz y hermoso tu semblante!
GENARO. Alberta!
ALB. Sí; tu Alberta, vida mía,
la que tu larga ausencia
lloró infeliz un dia y otro dia.
Mas ya por fin á mi Genaro estrecho..
No cabe el corazon dentro del pecho.
GENARO. Alberta..!
ALB. Ay Dios! De gozo desvarío.
Dónde mas alto bien Genaro mio?
Aquí estás? Aquí estás!! Tu rostro veo,
y ya avezada á padecer no creo
que á mi lado te encuentras todavía.
Acaricio tu blonda cabellera
y ansío llamarte en queja lastimera,

como en los tiempos de mi mal solía,
Quiero reir; llorar; decir á voces:
yo te idolatro, es mi ferviente anhelo
y con el grito de mi pecho amante
llenar el mundo y atronar el Cielo.

GENARO. Alberta..!

ALB. Di, me quieres?
Porque me abandonaste, do estuvistés?
¿Cómo permaccecer tan largo tiempo
lejos de mí pudiste?
¿Qué monte en sus entrañas te escondía,
que no rasgó tu oido,
el ay! doliente de la pena mía?

GENARO. Un misterio...

ALB. Un misterio.

GENARO. Y mi palabra
me obliga á no rasgar su denso velo.

ALB. Calla! Mi único anhelo
es que me adores; pero escucha cuanto
tu ausencia me costó de angustia y llanto.
Cuando noté que á verme no volabas
en el punto que entonces acostumbrabas
heló mi sangre la fatal sorpresa.
Luego esperé una hora
de muda lentitud desgarradora.
Y loca ya, cual flecha disparada
vuelo á tu albergue, escucho consternada
que en la noche postrera,
te has ausentado en rápida carrera,
y lánzome á la calle
en sangre ardiente rojos
y fuera de las órbitas los ojos.
A cuantos en mi tránsito encontraba
por mi Genaro ansiosa demandaba,
y «á la loca!» gritaban y corrían
en mi alcance, ultrajándone violentos,
y al compas de mis ayes y lamentos,
viles, en carcajadas prorumpían.
Luego he vivido en hórridos tormentos
años y dias y horas y momentos.

GENARO. Mas cómo te hallas en aqueste sitio?

ALB. Te oculté mi apellido vida mia,

porque se lo ocultaba al mundo entero:
y porque no quería
tener que sonrojarme
delante del mortal á quien amaba.
Era del Conde Armengol mi triste esposo,
y sus sagrados restos
en esa tumba moran en ceniza.
El cabello de espanto se me heriza.
Pero no temas que mi amor se entibie.
Ojos tengo no mas para mirarte
y corazon no mas para adorarte.
Hoy mas que ayer esta muger te adora
y aun mas ahora que antes
y ha de adorarte luego mas que ahora.
Mas Cielos! ¿qué motiva
tu viva agitacion? Ni un yo te adoro
de tu labio escuché. ¿Dí, por ventura
al olvido me diste?
Otra muger tal vez. Cómo! ¿en silencio
permaneces aun? ¿No ves que ardiente
negra idea de horror broto en la mente?
No te detengas, habla.
¿No ves que muero en ansiedad desecha
y que en el pecho mio
clavó la duda ponzoñosa flecha?
¿Dónde se oculta la muger maldita
que me roba tu fé? Dónde se oculta?
Quiero arrancarle el corazon impío
para mirar yo propia
si es mas grande su amor que el amor mio.

GENARO. Alberta!

ALB. Desvarío!
A verme no has volado?
En tí no cabe falsedad ni dolo.
Es mi delito solo,
quererte en demasía.
Mas por otra muger no me abandones
porque celosa yo la mataría.
Dueño del alma mia,
¿recuerdas aun las horas
de bendecida calma
en que dulce cancion dabas al aire

adormeciendo el alma?
Repítela Genaro.
Este favor me niegas?
Ya en tu pecho no moro,
ya no me quieres como yo te adoro.
(*Se oye la una y en seguida suenan dentro del castillo algunos acordes de un laud y la voz úe Adaleta que canta la siguiente letra.*)

ADAL. «Ya brilla la blanca luna,
«y en perlas baña la flor;
«ya te aguardo en la laguna,
«No tardes, vuela mi amor!»
(*El Peregrino aparece en la elevada roca practibable y lo contempla todo cruzado de brazos.*)

ALB. Gran Dios!
GENARO. (Su voz!)
ALB. (Silencio!)
GENARO. (Es Adaleta.)
ALB. Genaro, esa cancion...
GENARO. De ella me hablabas. (*Con decision.*)
ALB. En Venecia estubiste?
GENARO. De allí vengo..
ALB. Conoces esa voz?
GENARO. Por dicha mia.
ALB. Su nombre?
GENARO. Es Adaleta.
ALB. Quién esa muger nunca supistes?
GENARO. No.
ALB. Y por ella vinistes?
GENARO. Por ella, no te engañas.
Ella en mi corazon vive tan solo.
ALB. Ella, infeliz, estuvo en mis entrañas.
GENARO. Condenacion mil veces!
ALB. Al fin clemente oh Cielo!
hoy dígnate mirarnos:
súbito á nuestros pies húndase el suelo
y alégrese el infierno al contemplarnos.
GENARO. Oh! rigor incansable de mi estrella!
Hoy he de verla aun cuando no te cuadre.
ALB. Vase la puerta abrir, sin duda es ella,
mi rival.
(*Que ve moverse las hojas de la puerta del castillo.*)

Santo Dios! Yo no soy madre..! (*Cae desmayada.*)

ESCENA IX.

Dichos y ADALETA.

ADAL. Mi madre desmayada!
Oh! socorro, socorro.
(*Viendo desmayada á su madre. Corriendo á la puerta del castillo.*)
GENARO. Ay! Adaleta amada,
ADAL. Esplícame Genaro...
Mas todo lo comprendo.
Tu venida sin duda no ignoraba
y por la hija de su amor velaba.
Acudid, acudid; ay infelice!
(*Corriendo de nuevo á la puerta del castillo.*)
que soy la causa el corazon me dice.
No vienen: que agonía.
Todos aquí! Gran Dios! Oh! madre mia!
(*Gritando otra vez.*)
(*Dejándose caer sobre su madre.*)

ESCENA X.

Dichos, el CONDE *y criados con achas encendidas*

CONDE. Adaleta! (*Al ver á Adaleta.*)
ADAL. Mi madre... ved... Oh gozo!
ya vuelve en sí... Señora... Madre mia.
ALB. Qué haceis todos aquí? Porqué me cercan?
(*Volviéndo en sí.*)
Lo sabeis ya? No es cierto que es horrible?
(*Se levanta con gran ímpetu y coge á Adaleta una mano violentamente.*)
Escúchame, Adaleta.
(*Llevándosela aparte y misteriosamente.*)
Desdichada!
No sabes lo que has hecho?
CONDE. Prestadla hasta su estancia vuestro apoyo.
(*A las doncellas.*)
ALB. Ven, infeliz, que mi furor se encona!

Lejos. No he menester ausilio alguno.
Fuerzas me dá mi rabia de Leona.
(*A los criados que se acercan á ella, ofreciéndola su apoyo y sale en seguida arrastrando á Adaleta en pos de sí.*)

ESCENA XI.

GRNARO, EL CONDE *y* EL PEREGRINO *que ha bajado á la escena durante las últimas palabras de la escena anterior.*

CONDE. No puedo comprender... Mas ese jóven
y el Peregrino... Oidme un solo instante.
Ese jóven quién es?
PEREG. Es el amante
de Adaleta.
CONDE. Su amante! Y cúal la causa
(*Con rabia comprimida.*)
del desmayo de Alberta ha sido ahora?
PEREG. Que ella tambien le adora.
CONDE. Dí su nombre...
PEREG. Genaro.
CONDE. Ya lo comprendo todo.
Las dos le adoran por fortuna mia.
Yo me alzaré triunfante.
Hermoso y arrogante...! (*Contemplando á Genaro.*)
Una víctima así falta me hacía. (*Váse*)

ESCENA ULTIMA.

GENARO Y EL PEREGRINO.

GENARO. Por fin estamos solos (*Furioso.*)
Hoy de mí te has burlado!
Al carnívoro lobo has entregado
el tímido cordero.
El único lucero
de mi lóbrega noche has apagado
beber tu sangre quiero.
(*Desenvainando el acero y preparándose á acometer al Peregrino.*)
PEREG. Tú matarme no puedes. (*Con sangre fria.*)

Ha un punto que me hiciste
de tu existencia dueño.

GENARO. Bien oh furor! digiste:
y qué metoca hacer?

PEREG. Venir conmigo

GENARO. Pero á donde?

PEREG. Al castillo.

GENARO. ¿Y quién sus puertas
abrirnos puede?

PEREG. Mi querer tan solo.
(*Abriendo la puerta secreta del castillo.*)

GENARO. Su impavidez me aterra:
qué soñar tan fatídico y eterno!
Eres sombra evocada del averno?

PEREG. Imágen soy de Dios sobre la tierra.
(*Entra Genaro en el castillo y el Peregrino le sigue.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

Frondoso jardin del castillo. Gigantescos árboles se levantan hasta el Cielo. Un banco de piedra en el ángulo de la derecha circundado de flores y cobijado por un laurel. Floridos arbustos brotan por todos lados. En el foro una fuente cuyo monótono y dulce sonido deberá percibirse. El Cielo trasparente y lleno de estrellas. Una luna clarísima alumbra el teatro como el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ADALETA *aparece dormida sobre el banco de piedra. Despues de una breve pausa sale el* PEREGRINO *seguido de* GENARO.

PEREG. Mírala, puedes llegar. (*Viendo á Adaleta.*)
GENERO. Tranquila duerme y risueña;
sin duda placeres sueña.
Ay! dejémosla soñar.
Bajo el dosel cobijada
de ese arbusto enaltecido
parece en oscuro nido
bella paloma nevada.
De candorosa alegría
en su rostro hay blando sc.lo.
¡Nada concibe mas bello

la arrobada fantasía!
Mírala entre esos verdores
cual sencilla maripasa,
cual ninfa del bosque hermosa
como reina de las flores.

PEREG. Pura y bella! Dices bien
y en amarla bien has hecho,
si amar pudiera mi pecho,
amárala yo tambien.
Mas incesante afliccion
el suspiro heló en mi boca
y puso inflexible roca
do alentaba un corazon.

GENARO. Alguien se acerca.

PEREG. Dejemos
este sitio.

GENARO. Huyamos, sí.
Queda presa el alma aquí!

PEREG. Mas tarde volver podremos.

ESCENA II.

ADALETA *dormida y* ALBERTA *que sale pálida y desfigurada, Luego el* CONDE.

ALB. Mis angustias hallaran
(*Aspirando con ansia el aire del jardin.*)
alivio en el fresco ambiente.
Un volcan tengo en la mente.
y en el pecho otro volcan.
Presa del placer interno!
Presa del fatal desmayo!
El sol y despues el rayo!
El paraiso... ! El infierno;
Genaro!

ADAL. Genaro! (*Soñando y con la mayor dulzura.*)

ALB. Quién? (*Sorprendida.*)
ha repetido ese nombre?
Es ella. Noy que me asombre.
(*Se dirige al lado donde salió la voz y halla á su hija dormida.*)
Y duerme..! Le ama tambien!

Y aquesta nube á eclipsar
de mi dicha el astro viene?
Y aquesta valla contiene
la brava furia de un mar?
Sí; que fecundo en hazañas,
sino que siempre castiga,
darme quiso en mi enemiga
la hija de mis entrañas.
(*Pausa y queda meditabunda.*)
Una eternidad entera
le aguardé, mucho sufrí...
y cuando vuelve... Ay de mí!
Ojalá que no volviera!
Y en esto pensando estoy!
Débil voluntad la mia.
Mas cielos! La mataría
Ah! mentí... Su madre soy!
Y tu fuiste mas dichosa!
Le quieres tanto cual yo?
Habla: Na es cierto que no?
(*En este delirio se ha ido acercando mucho á su hija y dice cambiando de tono.*)
Jamas la hallé tan hermosa.
Porqué roedor veneno
mi pecho abrasa? Porqué
un basilisco no fué
lo que concibió mi seno?
Al Cielo un ángel debí
bello... quizá en demasía·
Bien empleo en contra mia
las armas que yo le dí.
Mas ambas en conclusion
tenemos una riqueza
ella en el rostro belleza,
yo fuego en el corazon.

ADAL. Te idolatro bien del alma. (*Soñando.*)

ALB. Tal dice la pobre loca
con la sonrisa en la boca
y cuando reposa en calma.
Amar así no es posible.

ADAL. Yo tu solo amor he sido,

ALB. Me amó tambien! Has mentido.

CONDE. No es verdad que esto es horrible?
(*Asiendo una mano de Alberta.*)
ALB. Horrible sí!
CONDE. Cuál le adora!
yo intercedo en su favor.
Es tan inmenso el amor
que por ella él atesora!
Que de su ventura fija
en nudo de amor sagrado.
ALB. Aparta, aparta malvado.
(*Sale despavorida y precipitadamente.*)
(*El Conde mirando hácia el lado por donde ha salido Alberta ; luego dirigiendo una mirada diabólica á Adaleta y siempre con su sonrisa irónica.*)
CONDE. Pobre madre...! Pobre hija! (*Váse.*)

ESCENA III.

ADALETA *dormida y* GENARO.

GENARO. Al fin á su lado estoy.
Hermosa Adaleta mia.
ADAL. Me pareció que le oía. (*Despertando sobresaltada*)
GENARO. Sí, dulce encanto, yo soy.
ADAL. Aquí tú? como pudiste?
GENARO. Despues todo lo sabrás.
Ahora solo me dirás
si algo muy negro supiste.
Dime cual tu madre obró.
Dime si te ha maltratado.
ADAL. Infeliz! Qué has pronunciado?
Ella maltratarme!! No.
Si de severa virtud,
está para el mundo armada,
siempre llegó á mí velada
en tierna solicitud.
GENARO. ¿Pero y en aquel momento
no te habló nada de mí?
ADAL. Lanzóme lejos de sí
y se encerró en su aposento.
Yo la escuchaba llorar,
yo había herido su pecho.

Tambien desprecié mi lecho
y aquí vine á suspirar.
Mis ayes al viento dí,
perdon á Dios demandé.
Luego aliviada me hallé.
Luego, no sé... me dormí.
Y como el solo señor
de mis pensamientos eres
soñé cándidos placeres
en los brazos de mi amor.

GENARO. Habla; tu voz de consuelo
cambia en paz la cruda guerra
y desde la humilde tierra
llévame hasta el alto Cielo.
Do tan plácido candor?
Do tal belleza, ángel mio?
Ni en la gota de rocío
engarzada en blanca flor.
Dentro del pecho guardar
mi bien quisiera abariento,
pues temo que el mismo viento
me le puede arrebatar.
Y caúsame envidia suma.
esa fuente que suspira
y el lucero que te mira
y el jazmin que te perfuma.
¿Porqué para atroz quebranto,
quiere mi suerte traidora
que el alma que mas te adora
dé ser á tu acerbo llanto?
Mas gratos véanse al menos
estos instantes correr.

ADAL. Nada debemos temer
No hemos sido siempre buenos?

GENARO. Dime porqué vida mia
de Venecia te partiste
mientras que yo enfermo y triste
en lecho ardiente yacía.

ADAL. Un mensagero á buscarme,
mi madre envió y partí.

GENARO. ¿Te has acordado de mí?

ADAL. Cómo de tí no acordarme?

Desde que en la mar estuve
do quiera tu rostro hallé,
en los aires te admiré
sobre ufana blanca nube.
Si el bravo ponto revuelto,
hizo al buque zozobrar
á mí te miré volar
en tromba iracunda envuelto.
Si plácida fresca brisa
el tranquilo mar rizaba
retratada en él hallaba
tu dulce amante sonrisa.
Y noté de mis querellas
templando el crudo desvelo
su nombre escrito en el Cielo
con flamígeras estrellas.

GENARO. ¿Quién soy yo para pagar,
amor tan grande y sincero?
Solo un pobre aventurero
sin un padre á quien amar.
¿Porqué tu noble apellido
mientra en Italia estuvieste
á ninguno descubriste?

ADAL. ¿Porque estaba envilecido.
Callarlo jurado había,
dijeron que era importante,
¿mas qué dardo penetrante
ha rasgado el alma mia?
Y darte puedo, ¡ay dolor!
padre adorado al olvido?
Mira lo que has conseguido,
mira si es cierto mi amor.

GENARO. Cálmate, ¿no desvanece
(*Llevándola al banco de piedra y haciendola sentar en él.*)
tu cuita ese alborozado
límpido cielo estrellado,
que bendecimos parece?
¿Blando gozo no te infunden
de aquestas silvestres flores
los suabísimos olores
que en los aires se difunden?

¿No causa grato solaz
el soñoliento ruido
del fuerte roble movido
por el céfiro fugaz?
¿Y ese murmurio veloz
(*Señalando á la fuente.*)
no es manantial de contento?

ADAL. Dulce es aspirar tu aliento!
dulce es escuchar tu voz!!

GENARO. Bien mio.

ADAL. Si eterna fuera.
hora tan grata.

GENARO. Si luego
accedieras á mi ruego,
á fé que serlo pudiera.

ADAL. Mas cómo?..

GENARO. No me prefieres
al mundo? Aunque no le cuadre
conmigo parte.

ADAL. Y mi madre..!
Qué has dicho? Tú no me quieres!

GENARO. Aun nos resta otro camino.
Hoy á tu madre hablaré;
hoy, mi vida, probaré;
todo el rigor de mi sino.

ADAL. Tu premio son estos lazos.

GENARO. Quién si te ve no te adora?

ADAL. No te fuera grato ahora,
espirar entre mis brazos?

GENARO. Oh! bendito serafin,
turbado mi pecho late
él que volaba al combate
tranquilo como al festin.
Antes de verte brillar
desde el antro en que me hallaba
á la tumba caminaba
sin saber que era gozar.
Y cruzaba en mi afliccion
aquella senda de abrojos,
con lágrimas en los ojos
y luto en el corazon.
Raudo al mundo me lancé

y la vida aborrecí,
pero te hallé y aprendí
lo que era esperanza y fe.
Brotó un raudal de consuelo
en el alma indiferente,
tornó á inflamarse la mente
y tuve un mundo y un cielo.
Y yo que solo enemigos
sobre la tierra miré
en tí, mi vida, encontré
padres, hermanos, amigos.
Y fué dicha la afliccion,
brotaron flor los abrojos,
y enjutos hallé mis ojos,
y alegre mi corazon.

ADAL. Mi dicha de ti reclamo.
Pero no oiste? ¿No ves
lejano un bulto?

GENARO. A Dios pues,
luz de mi existencia. (*Estrechando una de sus manos.*)

ADAL. Te amo! (*Váse Genáro.*)

ESCENA IV.

ADALETA, *y el* CONDE.

ADAL. Buena es mi madre, y corona,
pondrá á mi amante delirio.

CONDE. Adaleta.

ADAL. Sois vos Conde?

CONDE. Ya que estas en estos sitios,
siéntate, que hablarte quiero.

ADAL. Dispuesta me encuentro á oiros.

CONDE. En tus mas tiernos abriles
era tu mejor amigo.
Por ti pribaba al jardin
de su ornamento mas rico,
y del nido arrebataba
el pintado pajarillo.
Desde que á tu patria has vuelto
creo para ti haber sido
padre siempre bondadoso,

y tan solo ahora me inclino
á hacer tu dicha completa...
Es anhelo y deber mio.
Cuando por la vez postrera
á tu padre ví, me dijo:
padre sé de mi Adaleta;
que te ame... cual á mi mismo.

ADAL. No os he respetado siempre?
Siempre no os he obedecido?

CONDE. Si, Adaleta; y ójala
que nunca me sea preciso
la maldicion de tu padre
llamar sobre tí.

ADAL. Dios mio!
(*Levantándose del banco donde estaba sentada con el Conde y retrocediendo espantada.*)

CONDE. Tú amas á Genaro?

ADAL. Le amo.

CONDE. Cáusame lástima oirlo.
Y una vez á ese hombre unida,
cual sería tu destino?
Ese loco aventurero
presa de nefandos vicios,
te arrastraría incansable
de un abismo en otro abismo.
Mil impúdicos festines,
mil desórdenes impíos
contemplarían tus ojos
en confuso torbellino.
Y exhausto tu patrimonio,
tu corazon pervertido,
esclava de sus placeres,
juguete de sus caprichos,
perderíanse en los aires
tus lamentos y gemidos.

ADAL. Me espanta lo que decís,
y no os comprendo.

CONDE. El inicuo
hastiado de poseerte
diérate pronto al olvido,
dejándote abandonada
en el mas negro conflicto.

Comprenderías entonces
tu ceguedad, tu delito,
y en soledad y miseria,
sin aguardar, ni el ausilio
del mismo Dios, contarias
por cada minuto, un siglo.
La muerte, que huye del triste,
sorda sería á tus gritos,
y quizá tu propia mano.
(*Que retrocede acosada por el Conde, dando muestras de horror.*)

ADAL. Oh! callad, yo os lo suplico.
Jamas concibió la mente
cuadro de horrores tan vivos.

CONDE. Qué te ama? ¡Cuando en los hierros
de otro amor se halla cautivo!

ADAL. No me digais eso. Ay Dios!
(*En tono dulce y dando rienda suelta á su llanto.*)
Os gozais en mi martirio.

CONDE. Solo será esposo tuyo
el que mostrar pueda altivo
escudo de cien blasones,
mas que las estrellas limpio.
(*Durante este parlamento Adaleta retrocede asustada por el entusiasmo del Conde y este la acosa.*)
El que de metal preciado
pueda verter anchos rios
por satisfacer tan solo
el menor de tus caprichos;
porque en la corte fulgures
cual sol de ofuscante brillo,
matando de envidia á todas
tus rivales en hechizos.
El que te adore, Adaleta,
no con ese amor mezquino
que entre los labios se queda
sin que haya en el alma herido;
sino con amor ardiente
de toda dicha enemigo,
que los labios ennegrezca
cuando intenten referirlos.
Que el vil corazon de hielo

torne en carbon encendido,
negros celos abortando
de la razon asesinos,
que reconocer no pueda
ni mas mundo, ni mas ídolo,
ni mas cielo, ni mas nada,
que el ser que llegó á infundirlo.
¿Y puede sentir Genaro
este amor de fuego activo?
No, tan solo yo, lo escuchas?
solo yo puedo sentirlo.
Yo, que á los hombres detesto,
que me detesto á mi mismo.
Mírame á tus pies cual nunca
ninguna muger me ha visto.
El te olvidará mañana
muertos sus amores frios,
yo te adoraré Adaleta
aun en la tumba dormido.

ADAL. Es hermoso mi Genaro,
vos sois feo basilisco. (*Váse.*)

CONDE. Feo, si... Pobre paloma.
(*Con una carcajada prolongada y violenta y arancándose los cabellos que desparrama por la escena.*)
Miedo al milano ha tenido.

ESCENA V.

Dicho, GENARO. *Luego el* PEREGRINO.

GENARO. Sabes lo que has pronunciado?
(*Cogiendo al Conde por el cuello y obligándole á arrodillarse.*)
¿Sabes que del almo empíreo
un ángel bajar has hecho
al mundo do tú has vivido?

CONDE. Oh! maldicion!
(*Desenvainando una daga y con voz casi incomprensible.*)

GENARO. Este sea
tu solo y justo castigo.

CONDE. Vas á morir.

GENARO. Estás loco?
(*Lanzándose sobre él con el acero desnudo.*)
Defiéndete ó te asesino.
(*El Conde desenvaina la espada y deja caer la daga*
Eres malvado y cobarde
cercana tu muerte miro.
(*Luchan. Genaro con ventaja, el Conde retrocediendo.*
CONDE. Tiemblo! Morir sin vengarme!
Infierno, dame tu ausilio.
(*Genaro desarma al Conde y al ir á precipitarse sosobre él sale el Peregrino y le detiene obligándole á abandonar la escena cogiéndole de un brazo.*)
PEREG. Tu vida me pertenece. (*Con la mayor sangre fria.*)
Yo lo mando; ven conmigo,
CONDE. El Peregrino! Bien haya (*Solo.*)
su corazon compasivo.
Si tan á tiempo no llega
aquí sin vengarme éspiro.
Pero por fortuna mia.
ellos viven y yo vivo.
Será forzoso verter
el llanto y la sangre á rios.
Lágrimas, sangre. Oh! si, si.
Mucha sangre necesito.
Genaro, Alberta, Adaleta;
todos hermosos! ¡Magnífico! (*Frotándose las manos.*)
Una víctima se acerca,
demos á mi plan principio!

ESCENA VI.

ALBERTA *y el* CONDE.

ALB. Un hombre en el jardin. El es sin duda,
álcese aun mas bravio,
el hondo mar del sufrimiento mio.
CONDE. Aquí de nuevo os hallo.
Mucho angustiaros debe la memoria
de vuestro noble esposo.
El mil veces feliz, que aun es amado
y en crudo afan llorado.
Y si por defenderos

bajó á la tumba helada;
está á pagar el alto sacrificio
vuestra existencia entera consagrada.

ALB. Oh! Callad.

CONDE. Y Genaro y Adaleta.
Cómo no estan aquí? Ya sus deseos
anhelo ver cumplidos.

ALB. Pues bien, mañana los vereis unidos.

CONDE. ¿Los llevareis al ara
y escuchareis un sí que para siempre
habrá de asesinar vuestra ventura?

ALB. Sí! (*Con firmeza.*)

CONDE. ?Los vereis caricias prodigarse
y en regalado beso
desfallecer de amor?

ALB. Sí. (*Agitada en estremo.*)

CONDE. Sosegada.
que pasan mirareis por vuestro lado
en plática amorosa
y sin que en vos reparen;
que á olvido y á desprecio se os condena
como al lebrel mas torpe en la batida;
que infundir no podeis placer ni pena,
ni ser tampoco objeto
de amor ni de respeto,
y ni lograis en tan amarga vida
el consuelo de ser aborrecida.

ALB. Mil veces no. La muerte!

CONDE. Para que os tengan lástima y esclamen.
Pobre muger! Y sin barrera alguna
que á su querer se oponga
en un mundo se lancen de alegria,
mientras que vos por tierra abandonada
los tormentos probais de la agonía.

ALB. Oh! la venganza. Sí! Venganza horrible
que asombre al mundo entero.

CONDE. Venganza!

ALB. Lo escuchais? Vengarme quiero.

CONDE. Vengaros! Y de quién? ¿No es él, Genaro,
el hombre venturoso
por quien os agitais en tal batalla?
No es ella vuestra hija.

ALB. Calla malvado, calla. (*Enérgica y desesperadamente.*) (*Dejándose caer sobre el banco de piedra y ocultando el rostro entre sus manos. El Conde se retira hasta el fondo del teatro, luego vuelve lentamente y sin que Alberta lebante la cabeza le dice al oido.*)

CONDE. Cuando hácia aquí venía
me pareció mirar bajo la sombra
de corpulento roble, destacarse
el grupo deleitoso
del ángel del amor, entre los brazos
de mancebo gentil, de rostro hermoso
y un te adoro escuchar, mas que el suspiro
de querelloso céfiro, apacible.
Y aun juzgo que ha llegado
hasta mi atento oido
el tan grato sonido
de beso regalado.
Aun mas saber deseas?

ALB. Demonio tentador! Maldito seas. (*Fuera de sí.*)

CONDE. Juguetes mios son! Ya estoy vengado.
(*Con su sonrisa carcaterística y contemplándola á alguna distancia.*)

ESCENA VII.

ALBERTA *sola.*

Bulle mi sangre en hervidor torrente,
agólpase á mi frente;
mis fuerzas aniquilo
con tal furor y trémula y ahogada
sobre mis pies vacilo.
Basta enemigos hados.
Hasta cuando he de ser vuestro juguete?
¿Aun no sufrió bastante
vuestra víctima triste? No os espante
si ya de padecer cansada al mundo
de mi ventura lánzome violenta
uno y otro cadáver
atropellando con indócil brio
y de vosotros á mi vez me rio.
(*Cogiendo la daga que el Conde ha dejado en el suelo.*)

El brillo de este hierro me fascina.
Con un golpe no mas vengarme puedo.
Me vengaré! Desolacion y ruina.
Quién es él? Un malvado entre los hombres,
que de encendidas llagas á cubierto
mi corazon amante. Quién es ella?
serpiente ponzoñosa
que el seno muerde en que feliz reposa.
Ya perdonar no quiero el negro ultrage.
Ya despertar la compasion no quiero;
si el aborrecimiento y el corage.
Férrea mano invisible en el sendero
del criminal me lanza
y escucho en torno retumbar venganza.
Corramos en su busca;
sucumba esa muger, mísero objeto,
de mi rencor profundo
y aprenda á aborrecerme
y á respetarme al par el ancho mundo
(*Corre hácia el foro precipitadamente, pero en este momento se oye la dulce voz de Adaleta.*)

ADAL. Madre mia! Do estás. (*Dentro.*)

ALB. Ella se acerca,
(*Da un grito de sorpresa y queda como petrificada.*)
y nieve es ya mi fuego y este hierro
se escapa de mi mano.
Oh maldita miseria del humano!
(*Arrojando al suelo el puñal.*)

ESCENA VIII.

ALBERTA *y* ADALELA.

ADAL. Madre del corazon! Al fin te encuentro.
Aquí me dijo el Conde que te hallabas,
(*Corriendo á abrazarla y con mucha ternura.*)
y sin mas dilacion volé á este sitio
mi perdon á implorar. Cómo! ¿enojada
estás comigo aun? Sé bondadosa
y al punto olvida la inocente falta.
Por la memoria de mi padre vuelve
á mi los ojos en accion de gracia.

ALB. (Su padre!)
ADAL. Mira, siéntate á mi lado,
(*Sentándose y obligando á su madre á que lo haga asiéndola de una mano.*)
sabrás al punto lo que el pecho guarda.
Aquesta noche con valor me siento.
para decirte que amo y soy amada,
Allá en Venecia mi existir corría
cual limpio arroyo en que la flor se baña.
Recorría balsámica pradera
tras libre mariposa una mañana,
en que bella cual nunca aparecía
madre de amor en el oriente el alba,
cuando noté que armado caballero
refrenando el bridon, me contemplaba.
Yo los ojos bajé y al punto mismo
la linda mariposa fué olvidada.
Luego le vi do quier, dióme un billete
al fin, do su pasion me declaraba:
yo respondíle que por el latía
mi corazon con ligereza estraña,
que aun cuando de rubor me conmoviese
era á mis ojos su presencia grata;
que su pasion tornábame dichosa,
y que si esto era amor, yo le adoraba.
ALB. (Qué va á ser de las dos?)
ADAL. Hacer mi dicha
para lo porvenir, ó mi desgracia,
hora en tus manos es.
ALB. (Santos del cielo!)
las fuerzas ya para sufrir me faltan!)
ADAL. Tú pobre madre conprender no puedes
cuan hermoso es llamarse soberana
de un corazon tan bello como el suyo
de ternura y amor dulce morada.
ALB. Pero de su cariño estás segura?
ADAL. Como de que hay un Dios què nos ampara.
ALB. El te lo dijo asi?
ADAL. Mil y mil veces.
ALB. Lo juro!
ADAL. Por la cruz y por su espada.
Qué me respondes? Di, seré su esposa?

ALB. (El corazon retuércese de rabia.)
ADAL. Tu agitacion comprendo. Mas no temas
mi cariño perder, madre adorada,
hija amante seré y amante esposa.
ALB. (No hay mas sufrir, la resistencia es vana.)
ADAL: Contigo viviremos á tu lado,
modelo siendo de sin par constancia,
tú gozarás en la ventura nuestra
ALB. (Hija de maldicion!)
ADAL. Madre del alma!
te querré tanto yo! tanto Genaro!
serás también su madre.
ALB. Basta, basta.
ADAL. Vírgen Santa! Qué tienes?
ALB. Tengo celos.
No lo conoces y digiste que amas?
tengo que se me rompe la cabeza.
y el comprimido corazon estalla.
Tengo que yo tambien adoro á ese hombre,
que tú eres mi ribal! Que á nuestras plantas
se abre un abismo, y que en su centro oscuro,
has de quedar conmigo sepultada.
ADAL. Piedad! (*Cayendo de rodilas*)
ALB. Seré la execracion del mundo
y sin embargo le amo; emponzoñada
correrá mi existencia y sin embargo
le adoro; habrás de sucumbir á tantas
penas y sin embargo le idolatro.
Y si el infierno entero se mostrára
en el sendero de mi amor profundo
veloz siguiera mi triunfante marcha.
(*Adaleta que permanece de rodillas con el rostro oculto entre las manos, se levanta, dá un grito penetrante y sale por el fondo con el mayor desórden y rapidez.*)
Huye, si, que en mi ardiente desvarío
tan solo el grito de mi amor no calla.
Yo tu madre no soy, yo te detesto.
Tenerte no he podido en mis entrañas.

ESCENA ULTIMA.

ALBERTA, EL PEREGRINO *precipitadamente.*

PEREG. Señora!
ALB. El Peregrino! (*Sorprendida.*)
PEREG. A vuestra hija
he vista presa de terríbles ansias
y llamando á la muerte en roncos gritos...
ADAL. Pronto!! (*En la mas viva agitacion.*)
PEREG. Correr hácia la gran cascada
que forma del jardin el ancho estanque.
ALB. La muerte se vá á dar y por mi causa
nunca mas la veré y arrepentida...
(*Como concentrándose en si misma*).
Dando un grito agudísimo y dirigiéndose hácia el foro con la mayor rapidez y en frenético desórden.)
Qué hice yo Santo Dios?.. Aguarda, aguarda.
He mentido! Te adoro! Soy tu madre!!
Hija del corazon.
(*Sale y siguen oyéndose sus gritos*)
PEREG. Dios Santo, gracias!!
(*Levantando las manos al Cielo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Un patio del castillo. En el foro una gran puerta que ha de habrirse á su tiempo y dejar ver el altar de una capilla. Un banco de piedra á un lado del teatro. Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

PEREGRINO, *solo.*

Huyen las sombras del suelo
y los tibios resplandores
del naciente sol coronan
la altiva cerviz del monte.
¡Que eternidad tan horrible
hasta que de nuevo tone
á enmegrecer el collado
armada en horror la noche;
Existir! Profundo abismo
que vértigos causa al hombre
que en un momento de fiebre
sondearle se propone.
Si á lo pasado se mira
hácia adelante se corre;
si á lo presente, el dolor

nos torna en marmon inmóvil;
si á lo porvenir, los ojos
ciérranse á tantos horrores.

ESCENA II.

PEREGRINO *y* GENARO.

GENARO. Al fin os hallo. Escuchad
que tal vez mucho os importe
lo que tengo que deciros.
Ciega Alberta de furores
el secreto de su amor
á Adaleta descubrióle.
La pobre niña aturdida
con revelacion tan torpe
hácia la inmensa cascada
del jardin rauda lanzóse.
Cuando llegué yo á aquel sitio
ya estaba Adaleta sobre
una roca circundada
de arbustos y blancas flores.
Bajo sus plantas rugía
el profundo abismo donde
despéñase la cascada
en torrentes bramadores
que salpicaban al rostro
de aquella ninfa del bosque.
Postrada junto á la roca
y lanzando agudas voces,
hallé á la madre que triunfa
y á la muger se antepone.
Cayó Adaleta en sus brazos,
un grito no mas oyóse
de tres lanzadas á un tiempo,
y á pesar del rudo choque
de la cascada se oían
latir nuestros corazones.
Alberta rompió el silencio.
Mira, tu esposo en ese hombre,
dijo á Adaleta, y al punto
de nosotros alejóse.

PEREG. Lo sabía. (*Retirándose.*)
GENARO. A dónde vais?
PEREG. No temas que te abandone. (*Váse.*)

ESCENA III.

GENARO *y* ALBERTA. *Poco despues el* PEREGRINO.

GENARO. Cuando miraré desecho
el misterio que le envuelve.
Mas debajo de aquel árbol
diviso un bulto que inerte
vaga en derredor del tronco.
Pobre Alberta! se detiene,
suspira, á aquí se dirije.
Qué palidez! Dios Clemente!
(*Se retira á un ángulo del foro. Sale Alberta muy pausadamente, y permanece inmóvil repetidas veces antes de llegar al ángulo opuesto del teatro en que está colocado el banco de piedra, en el cual se sienta. Sus cabellos deben estar en desórden, su palidez es mortal.*)
ALB. Genaro! Tu dulce nombre (*Despues de una pausa.*)
á mi oido al menos llegue
por mis labios pronunciado.
Sola estoy. Nadie me puede
escuchar. ¡Que tal consuelo
hoy tambien no se me vede!
GENARO. Señora! (*Presentándose.*)
ALB. Genaro!
GENARO. Adios
vengo á deciros por siempre.
ALB. Partir! Y esa pobre niña?
Si supiérais cuanto os quiere!
Casi tanto como yo!
Partir! Partir! Cuando en breve
unida á la dicha suya
comenzar la vuestra debe.
GENARO. Y á vuestra desgracia...
ALB. No.
Cuando feliz la contemple
lo seré tambien...
GENARO. ¿Y así.

lo decís...?

ALB. Serena, alegre.

GENARO. Aislada.

ALB. Piedad! Aislada
en la lucha no me dejes.
La sombra allí de mi esposo
alzarse he visto imponente
pigmeos siendo á su lado
los mas altivos cipreses,
y su ronca voz de trueno
aun escuchar me parece:
«Sé inicua, á lo menos, madre.»
Si tú á mi ruego no cedes,
ese aterrador fantasma
me perseguirá inclemente.

GENARO. La realidad es de hierro
las sombras se desvanecen.

ALB. ¿Pero no ves que si partes
y en este maldito albergue
permanezco entre una tumba
y un ser que incesantemente
me reconvenga será
mi vida pausada muerte?
Si partes sin Adaleta
nunca mas volveré á verte.
(*El Peregrino escucha estas palabras desde el fondo luego hace un gesto significativo y sale.*)
Escucha lo que he resuelto
y á mis súplicas accede.
Del monasterio vecino
haré yo que venga en breve
un monge que en la capilla
os una solemnemente.
Luego partireis tan lejos
que en mis oidos no suenen
vuestras palabras de amor
ni mis ojos os contemplen.
Y sola con un fantasma
que de pavura me hiele
y despues que haya mi pecho
tragado las hondas heces
de toda angustia quizá

tendré valor suficiente
para volver á tu lado.
Qué esperanza tan celeste!
Mira, entonces mi Adaleta
será bienhechora fuente
que la ya casi cerrada
quemante llaga refresque.
En pago á tal beneficio
aumentar vuestros placeres
dar á vuestro amor mas vida,
será mi anhelo ferviente.
Quizá á costa de desvelos
os haga olvidar el fuerte
dolor que llegue á causarnos,
y si no lo consiguiere,
besaré humilde la mano
que rasgue mi pecho alee.

GENARO. Alberta! su esposo! Nunca.

ALB. ¿No ves que en el alma hieres
al que un sangriento combate
con su corazon sostiene
y que una palabra tuya
luego condenarme puede
ó la palma del martirio
benévola concederme?
¿No ves que ardosos celos
ya me tornaron demente?
¿No ves que si el dique rompo
que el temible mar contiene
de mi amor, tres existencias
á peligrar luego vuelven?
Corre, corre, y torna al punto
con mi hija. Qué te detiene?
Mira que te adoro... Mira
que soy muger... Vete, vete. (*Váse Genaro.*)

ESCENA IV.

ALBERTA, *sola.*

Tengo al corazon ligada
una insaciable serpiente

que en oprimirle se goza
y con delicia le muerde.
Casados! A tanta angustia
mi corazon desfallece.
Saciad vuestra rabia cielos,
ó dejad que un punto aliente.

ESCENA V.

ALBERTA, GENARO *y* ADALETA.

(*Genaro conduce al lado de su madre á Adaleta que permanece en silencio y con la cabeza inclinada.*)

ALB. Perdona á tu madre... Mira
que si fué la culpa grande
mayor ha sido la pena.
Ay! infeliz! Tú no sabes
cuanto de piedad soy digna.
De mi la vista no apartes.
No ves que el llanto me ahoga?
Tu me aborreces.

ADAL. Ay! madre! (*Arrojándose en sus brazos.*)

ALB. Tu madre, Adaleta mia,
de nuevo tal nombre dame.
Pobre flor que en mi regazo
calor benéfico hallaste
y luz de mis dichas fuiste
y alivio de mis pesares;
¿Como no temí que el cierzo
en su furor te arrastrase?

ADAL. Madre mia! (*Abrazándola de nuevo.*)

ALB. Un beso y todo
se acabó! ¿Porqué distante (*Á Genaro.*)
permaneceis, vuestros brazos
aguarda impaciente un ángel.

(*Genaro abraza á Adaleta de modo que esta queda entre las brazos de Alberta y de Genaro, formando un grupo alagüeño. En este instante aparece por el foro la figura taciturna del Conde que permanece inmóvil contemplándolos, con su sonrisa trónica.*)

CONDE. Ahora os contemplo abrazados
y érais enemigos antes?

¿Quereis juzgaros dichosos
cuando sufris? Miserables! (*Se acerca.*)

ALB. Llegad; fuerza, es que se cumpla (*Reparando en él.*)
hoy mi voluntad.

CONDE. Mandadme.

ALB. Al Monasterio vecino
partireis en el instante
y un sacerdote...

ADAL. Qué dices?

ALB. (Hoy... al punto vuestro enlace
lugar habrá de tener.)

ADAL. (Imposible.)

ALB. (No desgarres
mas el alma mia. Es fuerza
que mi voluntad acates.)

ADAL. (Ay! madre mia.)

ALB. Te ama,
el que nunca ha amado á nadie;
te lo aseguro.

ADAL. (Imposible.)

ALB. (Con tu propia mano á darme
la muerte. vas)

ADAL. (Compasion.)

ALB. (No me hieras tú implacable!)
En busca de un sacerdote (*Al Conde.*)
luego partid.
(*En este momento aparece por el foro izquierda un monge de aspecto venerable.*)

TODOS. Ah! (*Al verle*)

CONDE. Miradle
que viene sin ser llamado.

ALB. Oh! tan pronto! Dios me ampare!
El nos le envia sin duda.
(*Corre al Monge y le habla en voz baja.*)
(¿Fué un peregrino á buscarle
Irá á dejarme el valor?
Ay! no circula mi sangre
no veo, voy á morirme.
(Al punto que será tarde
(*Corriendo á Genaro.*)
dentro de un momento solo.)
Hija mia, ven abrázame. (*A Adaleta*)

ADAL. Te lloré madre, perdida, (*Abrazándola.*)
y al fin he vuelto á encontrarte.
ALB. Vamos.
GENARO. Cúmplase mi sino.
ADAL. Y tu por mi causa...
ALB. Nadie
mas feliz que yo. ¿No ves
que tranquila estoy? Juradle
amaros eternamente.
Pronto, pronto,
(*Abre la gran puerta de la capilla en la cual se vé un altar. Adaleta se arroja de nuevo en los brazos de su madre y llora. Genaro nada dice, pero en él se ve una horrible agitacion. El Conde lo habrá contemplado todo inmóvil y con ojo escudriñador.*)
ALB. Ay! ayudadme (*á Genaro.*)
GENARO. Adaleta Dios lo quiere!
(*Adaleta se deja arrastrar por Genaro.*)
CONDE. (Desventurados amantes!)
Alberta los empuja hácia la capilla y entran en ella, precedidos del sacerdote. Las puertas se cierran.

ESCENA VI.

ALBERTA *y el* CONDE *que permanece en el foro.*

ALB. Oh! sin igual tormento.
CONDE. Van á casarse.
(*Baja lentamente hácia el proscenio.*)
ALB. Calla que al oirlo
revuélvese hervidor el pensamiento.
CONDE. Van á casarse.
ALB. Calla.
Dime que no es verdad; que estoy demente
que ese monstruo fatal, y esa Adaleta
á quien llamé hija mia
seres son que abortó mi fantasía.
No es cierto que me engaño?
Respóndeme que sí. Logra aturdirme
con raudo torbellino de palabras,
que en mí la paz difundan.
¡No me dejes pensar; Intento vano!

la muerte dame con tu propia mano.

CONDE. Van á casarse!!!

ALB. Un rayo te confunda.

CONDE. Porqué tan honda pena?
Miradme á mí tranquilo.

ALB. Y dejaré por fin que se consume
(*Sin oir lo que el Conde dice y dando siempre señales de la mas viva agitacion.*)
de la existencia mia
el sacrificio?

CONDE. Tiempo es todavía.

ALB. Inútil batallar. No mas quebranto.

CONDE. Corred, volad.
(*Señalando á la puerta de la capilla.*)

ALB. Ampárame Dios Santo!
(*Alberta se adelanta hácia la capilla, se detiene y luego vuelve precipitadamente y cae de rodillas en el proscenio. Profundo silencio. Luego el Conde se acerca á Alberta que permanece arrodillada y esta dá señales de la mas desesperada lucha, ya levantando los ojos al Cielo, ya prestando oido á lo que el Conde le dice.*)

CONDE. Ruega, imbécil, á Dios! ¿Será posible
que tanta y tanta tu miseria sea
que inmóvil mires descender el rayo
que sobre tu cerviz raudo serpea?
¿Sabes lo que es mirar correr los años
con sus meses, sus dias,
sus horas y minutos
cuando es cada momento
siglo sin fin de sin igual tormento?
¿Sabes lo que es haber asesinado
la propia bienandanza,
y negro adios decir á la esperanza?
¿Sabes lo que es en el averno hundirse
y allí del suicidio arrepentirse?
Despierta ya cobarde.
Tiempo es aun, muy pronto será tarde.
Alberta da un grito horrible y se lanza como un rayo á la puerta de la capilla que abre violentamente. En este momento están arrodillados Genaro y Adaleta al pié del sacerdote que los bendice. Alberta vuelve á

cerrar en seguida la puerta y retrocede espantada hasta que desfallecida se deja caer en el banco de piedra.

ALB. Imposible, los une eterno lazo!
CONDE. (No hay lazo que la muerte no deshaga.)
ALB. Y no hay remedio! Y moraran unidos
y felices serán... Y yo... La tierra
porqué ya no me traga?
Porqué no se hunden sobre mí los cielos?
Lejos, muy lejos apartad, dejadme!!!
Tengo celos, infames, tengo celos!!!
(*Váse corriendo y dando muestras de horror y desesperacion.*)

ESCENA VII.

EL CONDE *solo, en seguida* GENARO, ADALETA *y el* SACERDOTE.

CONDE. Retroceda espantado el ser mezquino
que de su nada en el fangal se agita
ante la valla que se alzó triunfante
de su ferviente anhelo en el camino,
mientras la voz escucho que me grita
el balladar derrumba y adelante.
(*Salen de la capilla y váse en seguida el sacerdote despues de haberse inclinado ante él Genáro y Adaleta.*)
ADAL. Genaro mio!
GENARO. Querubin hermoso!
CONDE. (Son felices... tambien yo soy dichoso!)
ADAL. ¿Mas do mi madre está? Quiero abrazarla.
(*Al Conde reparando en él.*)
CONDE. Se acaba de alejar por ese lado.
ADAL. Tambien á vos.
(*Vá á arrojarse en sus brazos pero Genaro la detiene imperiosamente y dice variando de aspecto.*)
GENARO. Corramos! (*Vánse.*)

ESCENA VIII.

CONDE, *solo.*

CONDE. Desdichado!
(*Mirando alejarse á Genaro.*)
Yo de tus brazos lograré arrancarla
aunque á ellos la amarrase
duro lazo de hierro.
Puedo olvidarme de la negra mancha
que sobre mí arrojaste valeroso,
de que eres mi rival puedo olvidarme;
mas por desgracia tuya eres hermoso.
Razon tuvo Adaleta.
Feo eres tú, y hermoso mi Genaro!
Preferir no podia,
á su rizada y suave cabellera
este tosco cabello enmarañado;
ni á sus labios de rosa,
húmedos en dulcísima ambrosía,
estos hinchados labios repugnantes;
ni á sus ojos brillantes
como la luz del dia,
aquestos ojos que á la vista roba
amarillenta nube;
ni á su gentil talante mi joroba.
Naturaleza impia!
Madre de amor para Genaro fuiste
y para mí madrastra.
El vil gusano que á tus pies se arrastra
tu cólera impotente,desafía.
Presa en tus propias redes
mas grande hacer mi fealdad no puedes,
y yo al mostrarte solo
tu impura concepcion que infunde miedo
aun de vergüenza anonadarte puedo.
Pero las horas huyen
y su carrera detener no es dable
Quién á mi bien se opone! Un hombre solo.
¿No es el hombre gusano miserable.
que engendra el fango? qne en el fango bulle
y que de nuevo escóndese en el fango?

Pues sin furor ni ruido
aplasta ese gusano y has vencido.
Y de su muerte quién podrá acusarme?
La conciencia tal vez? Nunca he sentido
lo que el idiota mísero sostiene
que espresa tal palabra,
ni el temor de sentirlo me detiene.
¿Y quién es él para que nunca pueda
por tal resolucion perder la calma?
Un semejante mio?
por eso mismo le aborreoe el alma.
Adelante. Qué debo yo á la tierra?
Qué debo al Cielo siempre mi enemigo?
La triste vida solo,
la vida que detesto y que maldigo.
Nada podrán las leyes del humano,
que son como trapajo vergonzoso
que espanta al inocente pajarillo,
para alejarle del frutal sabroso.
Adelante: adelante, y en profundo
desprecio corre armado.
Mar siempre alborotado
es el nefario mundo;
El que sepa remar que reme y bague,
el que remar no sepa que se ahogue.
¿Pero cómo por obra (*Pausa.*)
mis proyectos poner? En un castillo
del mundo retirados
y solo rodeados
de siervos fieles. Nadie accedería
á ser de mi rival el asesino.
Luego la sangre mancha acusadora.
No es un puñal ahora
lo que me puede abrir triunfal camino.
Una muerte callada,
que natural parezca,
que solo rastro deje
en el profundo seno.
Sí, lo que necesito es un veneno.
Mas donde le he de hallar? por el tesoro
de un veneno mi sangre vertia.

ESCENA IX.

El Conde, *y el* Peregrino *que se habrá acercado á él con lentos pasos y oye sus últimas palabras.*

Pereg. Vuestra sangre guardad si me dais oro.
Conde. Me oiste. (*Sobresaltado.*)
Pereg. Oí las últimas palabras.
Vos un letal veneno
quereis comprar, y yo venderle ansío.
Mi silencio os importa
pero no tanto cual me importa el vuestro.
Nada habeis que temer.
Conde. Estamos solos?
Pereg. Sí: de pasar acabo
por el patio primero del castillo
y allí todos se encuentran presurosos
enjaezando rápidos corceles
para que los esposos
se alegen hoy de albergue tan sereno.
Conde. Van á partir. (*Con viva ansiedad.*)
Pereg. Al punto.
Conde. Ese veneno!
Pereg. Miradle. (*Dándole un pomito.*)
Conde. Y es activo?
Y la muerte es segura?
Pereg. En muy breves instantes
el ser arranca á la materia impura
con gustarlo tan sol.
Conde. ¡Y algun rastro se advierte
en el cadáver frio?
Pereg. Tan solo el rastro de angustiosa muerte.
Conde. Abandonad sin tregua estos lugares;
y si un castigo bárbaro os esponta
á pisarlos no torne vuestra planta.
Pereg. Debe hoy mismo salir de Barcelona
numeroso tropel de aventureros
que á Francia se encamina,
para luego marchar á Palestina,
y con ardor no visto
el gran sepulcro libertad de Cristo.
Yo partiré con ellos

en peregrinacion.

CONDE. El os inspira.
Partid á Francia á Palestina luego,
yo lo exijo de vos y yo os lo ruego.
Mas antes me direis donde se oculta
el hijo de mi amor.

PEREG. Aun no es posible.
Que lo sepais haré cuando lo sea.

CONDE. Partid al punto sin que nadie os vea.
(*Dándole una gran bolsa de cuero.*)

PEREG. A Palestina iré tal es mi anhelo.

CONDE. Y al servicio la paga corresponde.
Mi silencio del vuestro me responde:
Dígoos por siempre adios.

PEREG. Guardeos el Cielo. (*Váse el Peregrino.*)

ESCENA X.

CONDE *solo.*

Oh! miserable humano!
basta de otro mortal el soplo leve
para tornarte luego en polvo vano.
Alégrate, pareja bendecida.
rica en amor y rica en hermosura,
que en piélago tranquilo de ventura,
te prometes mirar corer la vida;
yo lograré romper el dulce lazo
de vuestro amor profundo
interponiendo entre los dos el mundo.
Y entonces, Adaleta,
tú que en mi helado pecho
derramaste un raudal de fuego activo,
junto al sucio despojo de un cadáver
olvidarás la fealdad de un vivo.
Me parece que hervir siento en mi mano
este licor fatal. ¿Cómo en el seno
de mi rival derramaré el veneno,
cuando alejarse debe al punto mismo?
Por Dios, que en un abismo
de reflexiones piérdome y no encuentro
medio que el triunfo de mi plan afirme.

Negros genios del mal llegad á oirme,
y sirva yo de centro
al círculo infernal de vuestra danza,
y ardiendo en sed de luto y de venganza
mostradme senda breve
que de mi afan al término me lleve.
(*Queda un momento reflexionando hasta que esclama alborozado.*)
Gracias os doy! Ya idea abrasadora
logró en la mente alzarse triunfadora.
Mucho se arriesga en ella;
pero no cejaré ni un solo paso,
que hoy el rigor apuro de mi estrella.
(*Con entusiasmo diabólico.*)
Yo formaré gracioso ramillete
de bellas, blancas flores.
y como santo emblema
de cándidos amores,
lo entregaré á esa niña diligente,
para que haga riquísimo presente
á su gentil Genaro,
que en grato desvarío
las flores besará; y en el rocío
que humedezca sus labios;
y al bendecir su suerte
tragará con placer, bárbara muerte.
Este veneno mata
con gustarle tan solo.
Tal dijo el Peregrino y no cabía
en él entonces falsedad ni dolo.
Mas puede que tambien ella sucumba
sea, si tan contrario es su destino
antes que de Genaro de la tumba.
Manos á la obra, pues; á grandes males
remedios arriesgados se requieren,
que puedan ser fatales.
Y pues mi cara es fea
el alma es justa que tambien lo sea. (*Váse.*)

ESCENA XI.

ADALETA, *que sale despues de una pausa, dice el siguiente monólogo con la mayor lentitud.*

ADAL. Partir no quiero sin decir al Conde
un postrimer á Dios; era el amigo
de mi padre infeliz, y siempre bueno
fué en mi niñez conmigo.
Hoy partir con mi bien idolatrado,
de nuevo separarme
de la que el ser me ha dado..?
No acierto á comprender lo que me pasa,
la frente se me abrasa,
y ya sin voluntad ni movimiento
llevada soy á la merced del viento.
La clara luz de tu piedad me muestra,
Oh! reina de los ángeles hermosa!
Oh! vírgen amorosa
vida y dulzura y esperanza nuestra.

ESCENA XII.

ADALETA *y el* CONDE *con un ramillete de flores blancas en la mano.*

CONDE. Te buscaba.
ADAL. Y yo á vos para deciros
que vamos á partir.
CONDE. Yo para darte
aqueste ramillete que he formado.
estando en el jardin. Al tierno esposo
puedes hacer con él grato presente.
Dáselo de tu amor y tu dulzura
cual símbolo inocente.
Mira que lindas flores.
La que al Cielo debió menos primores
en el seno pulguérrimo atesora
el cristalino llanto de la aurora.
Ya ves que de tu dicha,
hoy me llegué á ocupar.
ADAL. ¡Y yo os guardaba (*Abrazándole.*)
todavía rencor! Mal os juzgaba;

clemente perdonadme. ¡Cuán dichoso
será mi dulce esposo
cuando le dé estas flores
como fiel espresion de mis amores.

CONDE. Y dile que tú propia
el ramillete hiciste,
y cuenta con ajarle; que á su mano
llegue en dúlcido olor, fresco y lozano.
Pero él aquí se acerca,
que no te halle conmigo.

ADAL. Oh! mi segundo padre, yo os bendigo.
(*Váse el Conde.*)

ESCENA XIII.

ADALETA *y* GENARO.

GENARO. Siguiéndote venía
y hallándome á tu lado
no oso del suelo levantar los ojos.

ADAL. Qué dices?

GENARO. Olvidaste lo pasado?

ADAL. El cielo nos ha unido,
su mano al religioso ha conducido
que á enlazarnos venía.
Tú eres mi esposo.

GENARO. Y tú la esposa mia!

ADAL. Acoge pues clemente
aunque ternura en él tan solo veas
mi presente nupcial. (*Dándole las flores.*)

GENARO. Bendita seas.
Oh! placer sin igual. Nada me digas,
(*Besando con delirio las flores una y otra vez.*)
déjame hablar con ellas
y que las bese y que las llame amigas.
Yo os guardaré por siempre cauteloso
y aun en polvo desechas
sereis de nuestro amor símbolo hermoso.
Angel consolador! (*Arrojándose en sus brazos.*)

ADAL. Genaro amado!

ALBERTA *sale y permanece un momento contemplando este grupo con dolor*

ALB. Cuán pronto un infeliz es olvidado!

ESCENA ULTIMA.

Dichos y ALBERTA, *luego el* CONDE, *despues el* PEREGRINO.

ALB. Todo dispuesto se halla (*Adelantándose.*)
para vuestra partida.
ADAL. Ay Dios! Tan pronto!
ALB. Ningun esquife en la apartada orilla
hemos do se alza el torreon hallado
para que á Barcelona os condugera.
Ligerísimo bruto enjaezado
os aguarda impaciente.
Partid á Barcelona
y sin tardanza alguna
volved á Italia que el placer corona
y de vuestro amor fué blanda cuna.
Abrázame hija mia
y juzgaré que me amas
si lágrima imprudente no derramas.
Hacedla muy feliz. (*A Genaro.*)
ADAL. ¿Pero algun dia
no volarás, oh madre! á nuestro lado?
ALB. Tal vez.
ADAL. Si, madre mía.
Prométeme que un dia afortunado
haciendo el gozo de los tres completo
junto á mí te veré.
ALB. Te lo prometo.
Pero venid; ya fuera del castillo
nos diremos adios.
GENARO. Tened. (*Palideciendo y llevándose la mano á la frente.*)
ALB. } Genaro!
ADAL. }
GENARO. Oh! bárbaro tormento
ADAL. Ay Dios!
GENARO. Qué es esto que me está pasando?
(*Genaro que es conducido por las dos mugeres al banco de piedra se deja caer en él.*)
ALB. Socorro en el momento. (*Váse.*)
ADAL. Genaro ten valor, mirame. Escucha.
(*A Genaro que con la vista fija y el rostro demudado parece no escucharla.*)

(*Al ver que no la oye desesperada se arrodilla, y llora: instantes de silencio profundo.*)

Ay! Santo Dios, amengua su agonía.

(*Sale Alberta vé á Adaleta arrodillada y da un grito horrible.*)

ALB. Adaleta!!

(*Corre á Genaro, se convence de que vive y dice respirando apenas.*)

Creí que... no... existia.

(*Adaleta corre tambien á Genaro.*)

GENARO. Voy á morir.

ALB. }
ADAL. } Genaro.

GENARO. Míra.

(*Cogiendo la mano de Adaleta y poniéndola sobre su frente.*)

ADAL. Cielos!

que sudor. (*Retirando la mano con horror.*)

GENARO. Apartad; dejadme solo.

(*Las dos mugeres abrazadas se retiran. Genaro sigue presa de las mayores angustias.*)

ADAL. En vano ya con su dolor batalla; (*Bajo á su madre.*)

le perderemos.

ALB. Calla! (*Poniéndola la mano en la boca.*)

GENARO. Ay! Adaleta: escucha.

ADAL. Habla, Genaro mio.

GENARO. Te idolatro. Yo muero.

Ya mis ojos no ven... Bárbara idea!

Adaleta ella fué. Ya os reconozco.

Su vista me hace daño.

(*A Alberta mirándola con horror y apartándola de si.*)

Que no acibare mi postrer momento.

Llévatela de aquí. Vívora ingrata. (*A Adaleta.*

ALB. Oh! Santo Dios!

ADAL. Mi madre!! (*Apartándose de ella.*)

GENARO. Ella me mata.

(*De manos de Genaro se escapan las flores que habrá besado en sus últimos momentos.*)

ALB. El corazon no late. Ya no existe. (*Corriendo á él.*)

Condenacion!

(*Adaleta coge las flores que ha dejado caer Genaro besa su frente retrocede con espanto y despues de una*

gran carcajada que espresa su estado de demencia dice á su madre.)

ADAL. Tu fuíste!!

(El Conde que se habrá asomado por un ángulo del teatro momentos antes de la muerte de Genaro y lo habrá contemplado todo con un gozo infernal hace un gesto que signifique TRIUNFÉ: *cuando el Peregrino sale con lento paso por el lado opuesto arranca las flores á Adaleta y las deshoja despues arroja con calma á los pies del Conde la bolsa de cuero que este le dió y permanece inmóvil cruzado de brazos. El Conde retrocede. Todo esto ha de ser obra de un solo instante.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

Una espaciosa bóveda, cuyos rompimientos se pierden á derecha é izquierda; sepulcros á ambos lados de mármol blanco; algunos de ellos con estátuas encima. El fondo estará ocupado por una gran puerta que se supone conducir á una segunda bóveda.

ESCENA PRIMERA.

El PEREGRINO, *solo.*

Heme aquí ya de tumbas circundado
y entre seres que altivos discurrieron
por el mísero valle de la vida,
y que gozan al fin de eterno sueño.
La dicha vuestra al recordar tan solo
en indomable envidia me estremezco.
Hizo el Señor en su clemencia al hombre
y puso para hacer su bien completo
mas allá de la cuna el triste llanto
mas allá de la tumba el dulce premio.
Rompa Señor el ángel de la muerte
el débil lazo que me liga ferreo
á la que mundo todos apodaran

inmensa tumba de placeres muertos.
Dichoso tú Genaro que te alzaste
(*Dirigiéndose á la gran puerta del foro.*)
á las bastas regiones del silencio.
¿No es verdad que en la tumba ocultos moran
ilusion, esperanzas y contento?
Esta puerta conduce á la segunda
bóveda principal en cuyo centro
la tumba se levanta del esposo
de esa muger, y la que no ha un momento
Genaro ocupa. Fuerza es que mi planta
baje á turbar el sepulcral sosiego.
Quién se dirige á este lugar? Es ella.
(*Mirando á la derecha.*)
Ya á la culpable entre sus jueces veo. (*Váse.*)

ESCENA II.

ALBERTA.

Oh Santo Dios! concédeme tu amparo.
Mi sangre toda congelarse siento.
En hondo espanto estremecida, solo
despues de afanes mil la planta muevo.
Y sin embargo fuerza es sepultarme
en recinto fatal de horror mas negro.
El indignado espectro alli se esconde
y hoy á implorarle penitente vengo.
Pero Genaro alli tambien se encuentra.
Aun harto no sufrí?... Perdon.... no puedo.
(*Cae arrodillada junto á la puerta que conduce á la bóveda con el rostro oculto entre las manos. En este momento se oye á la izquierda la dulce voz de Adaleta que entona al laud la cancion del acto primero.*)
Gracias te doy, mi ruego has escuchado;
y de ese ángel señor al blando acento
brilla á mis ojos del deber la llama
y el alma baña bien hechor consuelo.
Hela allí que se acerca! Pobre rosa!...
Cómo piedad no tuvo el crudo cierzo?
(*Alberta se habrá levantado y ahora se halla separada de la puerta de la bóveda.*)

ESCENA III.

ALBERTA *y* ADALETA *que sale con el pelo tendido y una corona de rosas blancas en la cabeza. Se dirige con rapidez á la puerta del fondo y escucha atentamente un largo espacio hasta que dice despechada.*

ADAL. Respóndeme Genaro. ¿Por ventura
me has olvidado ya?
ALB. ¡Cruel tormento.
ADAL. Y esa puerta que siempre hallo cerrada!
Mira... acércate... ven... ambas podremos
(*Reparando en Alberta.*)
derribarla... Te niegas á ayudarme?
Si supieras!... Apiádete mi ruego.
Mi Genaro está allí, mi dulce esposo.
Me le han arrebatado y yo no quiero
que me llame y el eco le responda.
ALB. Pero Genaro...!
ADAL. Sí, Genaro ha muerto.
Sabes quien le mató? Mi propia madre.
(*En voz casi imperceptible.*)
Pero calla... que el hórrido secreto
en lo profundo de tu pecho muera.
No lo sepa jamas ni el mismo viento.
ALB. No fué tu madre, no, yo te lo juro.
Tu madre es inocente! A Dios apelo.
ADAL. Ella fué no lo dudes. Pobre madre!
cuanto debió sufrir! Tenía celos!
ALB. Ella al esposo tuyo dar la muerte...!
Ella á Genaro asesinar....!
ADAL. Volemos
quizá la puerta ceda.
ALB. No: es forzoso (*Deteniéndola.*)
que me escuches. Deten el raudo vuelo
de tu enferma razon. Murió Genaro,
y Alberta mas que tú sufrió por ello.
ADAL. Vamos.
ALB. Detente, es fuerza que te arranque
esa idea que roe cual hambriento
cáncer mi corazon.

ADAL. Ella le amaba!
ALB. Y con su propia mano ella le ha muerto!
ADAL. Déjame.
ALB. No te irás; óyeme atenta;
mírame, pon en mi tu pensamiento.
ADAL. Me lastimais.
ALB. Tu madre no es culpada
ADAL. Ella me mata! Aun lo estoy oyendo.
ALB. Mintió, te digo que mintió.
ADAL. Me asustas
mas por desgracia lo que dijo es cierto...
ALB. Repito que mintió! Bárbaro sino.
Yo tambien, Santo Dios, loca me vuelvo.
ADAL. Pero escucha. Su muerte no deplores.
No ves que yo me rio? Hace un momento
(*Llevándola con gran misterio al proscenio.*)
que dúlcida cancion al viento daba
para saber si estaba ya despierto
mi dulce amor; cuando á la espalda mia
dijo una voz: No llores, que muy presto
el dulce esposo tornará á la vida.
La vista entorno dirigí y no vieron
mis ojos ser ninguno. Dios me hablaba.
Dios que la inmensidad vió de mi duelo.
Alégrate cual yo. Dios me ha ofrecido
que en los brazos al fin le estrecharemos.
ALB. Adaleta infeliz!
ADAL. Ves, yo queria
(*Quitándose la corona y mostrándosela á Adaleta.*)
ornar con flores su marmóreo lecho.
ALB. Cerrada está esa puerta. No es posible.
ADAL. Genaro. No me oirá. Mas pronto espero
poderle ver. Adios. Soy tan dichosa!
(*Yendo á la puerta.*)
ALB. A tu madre odiarás?
ADAL. La compadezco. (*Váse cantando.*)

ESCENA IV.

ALBERTA, *sola*.

Sin hija, sin Genaro, sin esposo,
sin esperanza en la piedad del Cielo.
Ella me acusa, acúsame Genaro
y desde el fondo del sepulcro abierto
el ultrajado esposo me maldice
y el mismo Dios me execra, y al eterno
Suplicio me condena. ¿A do la vista
volver para encontrar un ser tan lleno
de amargura cual? Juzgo imposible
que hallarle pueda ni en el mismo infierno.
Juguete fuí del cielo y de la tierra
y la virtud y el crímen obtuvieron
el mismo galardon. Pero muy pronto
un término hallará mi sufrimiento.
En el castillo sonarán las once
y al oir, erizados los cabellos,
el lúgubre estridor de la campana
que lenta clamará. «*Remordimiento*!»
Descenderé á la tumba de mi esposo
y el alma allí se auyentará del cuerpo.

ESCENA V.

ALBERTA *y el* CONDE.

ALB. Tú en aqueste lugar?
CONDE. Por qué os sorprende?
ALB. Quién dió á Genaro matador veneno?
CONDE. Vos: él lo dijo.
ALB. Tú, furia implacable,
que tienes sed de humanos sufrimientos.
Has visto á mi Adaleta? Loca, loca.
Tú heriste su corazon con golpe fiero.
¡Y mi esposo llamábate su amigo...
y te dijo que fueses padre tierno
de su Adaleta en el postrer instante!
Huye luego de aquí tigre encubierto.
CONDE. Sorprendido me habeis... Por Dios, Señora,

que de cuanto decis nada camprendo.

ADAL. Pero digno rival en mí has hallado,
sin ruido yo cual tú, tambien me vengo.
Humillado á mis plantas he de verte
de escarnio y de irrision mísero objeto.
Bien en tu rostro augurador del crímen
el alma tuya retratada encuentro.
Para á tu culpa hallar digno castigo
yo inventaré diabólicos tormentos,
y cuando á darte paz la muerte venga
el corazon de tu nefando pecho
arrancaré saciando mis furores
y con él un festin daré á los cuervos. (*Váse.*)

ESCENA VI.

El CONDE *sólo.*

Pobre muger! Mi triunfo es ya seguro.
El Peregrino por fortuna ha vuelto
á revelarme pronto do se oculta
el hijo mio, y arrojó altanero
á mis plantas el oro, porque en manos
vió de Adaleta el matador veneno.
Sin duda no partió para observarme,
y debe en esto haber algun misterio...
De Genaro vengarse intentaría
cuando encontró tan favorable medio.
Sí, no hay duda... y al cabo que me importa?
Ya los caballos estarán dispuestos.
Díjome el Peregino que esta noche
sabría donde hallar al hijo puedo.
Es Liveretto su apellido; y lleva
el medallon de Laura atado al cuello.
Adaleta recorre estos lugares,
y á que parta conmigo estoy resuelto.
Corramos á buscarla; su demencia
asegura á mi plan fin alagüeño.
El mundo de su seno me rechaza,
yo me sabré formar un mundo nuevo. (*Váse.*)

ESCENA VII.

ADALETA *que sale por el lado contrario.*

Genaro..! Alma mia.
No me oiste? No.
(*Despues de una pausa en que se cerciora de que Genaro no la responde.*)
Aun duerme Genaro...
Aun duerme mi amor
Porque te encerraron
en esa mansion
para mí vedada,
de angustia y horror.
Ya ha siglos enteros
que mi bien partió,
y por entre nubes
caminando voy.
Despierta Genaro:
despierta mi amor.
En vano te llamo
en vano mi voz
el eco repite
en; ay! de dolor.
¿No miras que el llanto
recorre veloz
el huerto que es tuyo
y agosta la flor?
Bien mio ¿No sabes
que siempre sonó
tu acento en mi oido
cual plácido son
de fuente escondida
que un triste escuchó
cruzando el desierto
al rayo del Sol?
Responde Genaro.
Responde mi amor.
No tardes mi vida
que te aguardo yo
tu dulce Adaleta,

tu dicha mayor.
Te fuiste, un gemido
mi boca exaló,
y aun llora en silencio
mi fiel corazon.
Sin tí es la existencia
jazmin sin olor
tormenta sin llubia
esfera sin sol.
Vuelve á mí, Genaro.
No tardes, mi amor.

ESCENA VIII.

ADALETA *y el* CONDE.

CONDE. Ella es. Adaleta?
ADAL. Quién me llama?
CONDE. Soy yo. No me conoces?
ADAL. No te he visto
jamás.
CONDE. Te engañas.
ADAL. Dime. ¿Es en tu mano
aquesa puerta abrir?
CONDE. No.
ADAL. Me retiro.
Entonces; queda á Dios.
CONDE. Mas antes dime
Quién en morada tal yace dormido?
ADAL. Mi esposo.
CONDE. No es Genaro esposo tuyo?
ADAL. Sí.
CONDE. Genaro te aguarda en otro sitio.
ADAL. Cómo? Partió sin mí?
CONDE. Solo ha un instante.
ADAL. Cuanto de amor te debo Dios benigno!
Siempre clemente Dios á mi Genaro
hoy devolverme había prometido.
Cumplida fué la sacrosanta oferta.
CONDE. Y me rogó Genaro que conmigo
te llevase á su lado. Vamos luego.
ADAL. Corramos, sí. Mas cómo no me ha oido?

(*Va á salir, se detiene.*)
¿Cómo que al lado suyo me encontraba,
el corazon amante no le dijo?
A buscar mi laud rápida vuelo,
y si no me responde al punto mismo,
te seguiré constante al fin del mundo. (*Váse.*)

ESCENA IX.

CONDE *y despues el* PEREGRINO.

CONDE. Héme ya triunfador cielo enemigo.
¿No eres tú el que premiaba al inocente
y el crímen castigaba? ¿Do los vivos
rayos están de tu furor tremendo,
que no tornas en polvo á un asesino?
Y tú, necio mortal, que no supiste
ser tan grande cual yo; mira, tranquilo
vengo á turbar tu sueño, y á la tumba
en que yaces escupo. Infiel amigo
y causador de bárbaras angustias
y robador de la razon he sido;
y una existencia arrebató mi mano;
y de esperanzas hoy me encuentro rico,
y la suerte cual nunca bienhechora
bríndame por doquier bienes distintos.
¿Dónde esa justa Providencia se halla
que tanto crímen deja sin castigo?
¿Cómo permite que la frente eleve
profanando el lugar en que me miro?
Impávido luché con los mortales,
impávido tambien la desafío.
PEREG. Quieres saber do se halla el hijo tuyo?
CONDE. Mi ventura por fin vá á dar principio.
Dó se halla?
PEREG. En esa bóveda enterrado.
Hasta hoy Genaro se llamó.
CONDE. Qué has dicho?
PEREG. Aqueste medallon llevaba al cuello.
Ved en su daga escrito su apellido.
(*Leyendo el apellido en la daga que le da el Peregrino.*)
CONDE. Liveretto! Qué horror! Mientes infame!

PEREG. Parricida! (*Estendiendo los brazos sabre él.*)
CONDE. Perdon, perdon Dios mio!!
(*Cayendo anonadado de rodillas, permanece algunos instantes en esta actitud y en el mas profundo silencio.*)
PEREG. Mísera humanidad, he aquí tu orgullo!
Un soplo del señor, hunde al impío.
CONDE. Hijo del corazon! Bárbaro padre!
No tengo duda, no, Genaro es mi hijo.
Por qué de mi los hombres se mofaron?
Por qué siempre miréme escarnecido?
Una sola muger y un hombre solo
piadosos me otorgaron su cariño.
Mi amada fué la madre de Genaro,
el esposo de Alberta fué mi amigo.
El corazon ansioso de venganza
lanzóme en la carrera del delito
y juzgaba mi cárcel este mundo
y cada objeto hermoso un enemigo.
Hijo mio! Genaro! soy tu padre
(*Forcejeándo para abrir la puerta.*)
Y esta puerta que burla mis designios!
Adaleta infeliz, préstame ayuda.
Quiero abrazarle... quiero... aun no le he visto
fuerza es que su perdon tambien me otorgue.
Amadas tumbas guarda ese recinto
y quiero entre ellas arrastrar la vida.
¡Yo creo en tí, Señor de lo infinito!!
Pero cuan tarde. Cuanto! Parricida!
Parricida retumba en mis oidos.
(*Váse retrocediendo espantado.*)

ESCENA X.

PEREGRINO *solo.*

Mi acento escucha, tu favor me presta
el Iris tiende sobre mí benigno
oh! tú, gran Dios, Señor de las alturas,
oh! tú, del orco triunfador bendito,
oh! tú que envuelto en la turgente nube
los ámbitos recorres encendidos
al rápido fulgor de ardiente rayo

y de hondo trueno al retemblante grito,
y á la plácida luz de fresca aurora
apareces despues en el rocío!
Ya todo lo perdí sobre la tierra
mas si me quedas tú, nada he perdido.
Vamos á completar la obra empezada.
(*Entra un momento y sale con una tea encendida.*)
(*Se oye rugir el viento.*)
Cual ruge el viento, el rayo diamantino
de la benigna luna, oculto se halla;
templa, Señor, tu enojo compasivo,
y símbolo de paz brille en Oriente
del padre de la luz el rayo tibio.
(*Àbre la puerta de la bóveda. Entra y vuelve á cerrar tras sí.*)

ESCENA XI.

ALBERTA *sale corriendo precipitadamente y cuando llega al centro del teatro se para y mira tras sí.*

Juzgué que las estátuas me seguian
y á mis espaldas escuchar el ruido
de la marmórea planta. Ya las once
van á sonar y late convulsivo
mi corazon. Ni aun respirar me es dado.
Tiemblo de espanto y me estremece el frio.
Que soledad tan negra. Este silencio
es mil veces horrible. Qué suplicio!
(*Permanece inmóvil como si escuchase algo.*)
No cabe duda sin cesar el eco
repite en esta bóveda un gemido
y esas tumbas gran Dios temo que se abran
y el esqueleto se alce vengativo.
(*Empiezan á oirse las once en el reloj del Castillo pero casi imperceptiblemente. Alberta no interrumpe su monólogo.*)
Oh! las once! gran Dios! La sombra espera
del esposo infeliz!! Es tu castigo!!
(*Abre la puerta de la bóveda que deja abierta, y se la vé bajar la escalera que conduce á la segunda bóveda en medio de la mas negra oscuridad. El reloj sigue*

dando las once, mientras el téatro está solo, y á la última campanada se oyen grandes gritos en lo profundo de la bóveda y se vé subir á Alberta cuyo rostro debe ser imponente y aterrador.)

Aparta! aparta! acusador espectro.
Aun de esa tea al resplandor te miro!
No me toques, tus manos descarnadas.
Me repugnan. Atrás. Oh! que martirio!
solo al crugir de tus desnudos huesos
desgájase la carne de los mios.
Pero gran Dios! me encuentro circundada
(Corriendo en diferentes direcciones.)
de humanales despojos. Qué habeis dicho?
(Dirigiéndose á las estátuas.)
Fuera! Fuera! Corramos! Imposible!
Clavada está mi planta en este sitio.

(Cae anonadada. Despues de una pausa empieza á volver en sí. Se levanta, se pasa una mano por la frente, como si quisiera arrancar de ella una idea.)

Mis fuerzas este sueño ha quebrantado!
Qué lúgubre vision! Todo tranquilo
yace á mi alrededor. Nadie me cerca.
Hablar esas estátuas no han podido
El espectro fatal dónde se oculta?
Sin duda la conciencia obró un prodijio.
A orar volemos y quizá mi angustia
(Señalando á la puerta de la bóveda.)
consiga hallar junto á su tumba alivio.

(Va á dirigirse á la puerta cuando aparece en medio de la oscuridad el Peregrino con la tea en la mano y permanece inmóvil. Alberta lanza un grito horrible y cae de espaldas apoyada en la mano izquierda y al irse perdiendo el sordo rumor de un trueno lejano que estalla en este instante se oye la voz de Adaleta que vuelve á entonar al laud una estrofa de la cancion del acto primero. El Peregrino clava en el suelo la tea se acerca á Alberta y la coje violentamente de la mano derecha.)

ESCENA XII.

ALBERTA *y el* PEREGRINO.

PEREG. Alza la frente!
ALB. El Peregrino. Cielos!
Qué me quereis?
PEREG. Decirte
que ha un lustro y á esta hora
entró un verdugo en la aparta torre
que guardaba á tu esposo
precedido no mas de un religioso.
ALB. Seguid! Seguid?
PEREG. Amigo disfrazado
era aquel religioso, y fuerte daga
en el verdugo undió. Luego vistióle
el trage de tu esposo ya salvado;
á este por gratitud bajo su yugo
con el suyo le abriga, y él contento
cúbrese con las galas del verdugo.
En invencible aliento
de un golpe la cabeza
del tronco de la víctima separa
y á partir diligente se prepara.
ALB. Horror! horror!
(*Cubriéndose el rostro con las manos.*)
PEREG. Con sin igual firmeza
de la negra prision las puertas abre
pasa tranquilo y fiero,
llevando al Conde al lado,
por aposentos llenos de enemigos
y en paso acelerado
logran el campo ver los dos amigos.
ALB. Sigue.
PEREG. Habia tu esposo
hecho voto sagrado
de partir presuroso
en peregrinacion á Palestina
si le salvaba la piedad divina.
La mano de la suerte
brinda á su salvador con negra muerte

y de la tumba al sacrosanto abrigo
por cumplir con su Dios deja á su amigo:
y el voto satisfecho
con sin igual constancia,
en alas de su amor vuelve á Francia.
Y mientras inútilmente
un dia se afanaba y otro dia
por lograr descubrir do se ocultaba
su idolatrada esposa
sabe en hora fatal que á otro hombre amaba.
El desengaño tórnale de hielo:
partir hace á Genaro
así burlando tu maldito anhelo,
y en silencio profundo
su pena arrastra por el ancho mundo.

ALB. Sigue.

PEREG. Logra saber que su Adaleta
en Italia se hallaba,
mas tambien Adaleta le olvidaba.
Corres en penitencia á estos lugares
para verter en irritante grito
sobre un sepulcro el llanto del delito.

ALB. Sigue, sigue.

PERG. Y tambien á estos lugares
al punto se dirige
y ya la infamia vió de un ser amado
y el olvido en que yace sepultado.
Y puesta la esperanza
en el Señor del Cielo,
lejos al fin se lanza
del mundo tempestoso.

ALB. Eres mi esposo tú...!

PEREG. Yo soy tu esposo.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, el CONDE *y* ADALETA.

CONDE. El!

ADAL. Vamos pues, ¿no has dicho que á su tumba
podríamos llegar?

PEREG. Esta es mi hija.

CONDE. En ella te ofendí. Noche espantosa!
PEREG. Mi amigo tú!
ALB. Perdon.
(*Cayendo á sus pies.*)
PEREG. Esta es mi esposa.
(*Una breve pausa al cabo de la cual se oye muy lejano un toque de clarines.*)
Oh! bendita señal! Ya la cruzada
llenando mi deseo,
rápida se dirige al Pirineo.
Voy á partir.
CONDE. Gran Dios, me castigaste
por que fuí criminal; arrepentido
en el dolor me dejas sumergido.
ALB. Oh! si mi falta reparar pudiese
hoy que los ígneos rayos
de la celeste furia se desatan.
Oh! si tan grande fuese y tan bendita
la clemencia de Dios!
PEREG. Es infinita!!
(*Con énfasis.*)
GENARO. Oh! (*Desde dentro.*)
(*Alberta y el Conde retrocediendo.*)
ALB. } CONDE. } Gran Dios!
PEREG. Hay venenos que no matan
(*Abriendo la puerta de la bóveda y arrojando á Genaro en medio de los personages restantes.*)
ADAL. Genaro. Al fin te veo.
(*Abrazando á Genaro.*)
(*Abraza á su madre que la cubre de lágrimas y de besos. El Conde contempla á Genaro enagenado y no se atreve á hablarle.*)
PEREG. Abrázale es tu padre.
GENARO. Gran Dios!
CONDE. No me aborrezcas.
Acuérdate de que me amó tu madre.
(*Abrazándole.*)
PEREG. A Dios; en solo un dia
del rayo de celeste Providencía
ver os hice el poder y la clemencia.
(*Se quita el ropon de Peregrino y queda vestido con el*

traje de los cruzados.)
Digno soy de volar al Asia impia,
digno de unirme al férvido torrente
de la indómita gente
que en Dios espera porque Dios la guia!
Al hondo grito que en los aires zumba,
al estraño rumor de cien legiones,
yo sobre la abrasada Palestina
al par caeré de la revuelta Europa.
yo me uniré á la tropa
que el árbol santo de la Cruz divina
plantará de Salem en la muralla
que ya á sus vivos rayos se derrumba;
yo salvaré la tumba
que el fiero mahometano
al gremio roba del amor cristiano.
(Al Conde y á Genaro.)
Ambos me seguireis. Dios os reclama!
Sé madre tú. Que la razon recobre
entre tus brabos y feliz se llame.
Aplaca del Señor el justo encono!

ALB. Sin perdonarnos huyes?
(Arrodillándose y obligando á su hija a hacer lo mismo.)

PEREG. Yo os perdono!
(Oyese de nuevo el clarin.)
Partamos pues.
(A Genaro y al Conde.)
Arrecordarme vuelve
ese clarin que aun réstame en el Cielo
amigo ser á quien pedir consuelo!

ALB. Adios!

CONDE. Adios!

PEREG. Por diferentes modos
(A Alberta.)
procurad olvidar que me habeis visto.
Vamos nosotros á morir por Cristo.
(Al Conde y Genaro.)
do Cristo redentor murió por todos.

FIN DEL DRAMA.

3 0112 117479292

PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.

—

Madrid: librerias de Cuesta, Rios, Matute, Publicidad y en la del Pasage del Iris.

—

PROVINCIAS.

—

Albacete.	Cuartero.
Alicante.	Carratalá.
Avila.	Gayoso.
Badajoz.	V. de Carrillo.
Barcelona.	Sauri.
Bilbao.	Velasco.
Burgos.	Calle.
Cáceres.	Gallardo.
Cádiz.	Moraleda.
Córdova.	L. de la Torre.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	G. Otero.
Ciudad Real.	Gonzalez.
Coruña.	Perez.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Palahí.
Guadalajara.	Marsch.
Huelva.	M. Lopez.
Huesca.	Martinez.
Jaen.	Sagristá y C.ª
Leon.	Redondo.
Lérida.	Sols.
Lugo.	Pujol y Masia.
Logroño.	Ruiz.
Málaga.	Medina.
Murcia.	Andrion.
Oviedo.	Sanz.
Orense.	Noboa.
Palencia.	Brizuela.
Palma.	Rullan-Hermanos.
Pamplona.	Imprenta de la Ilustracion.
Pontevedra.	Andrade.
Sta. Cruz de Tenerife.	Bonet.
Santander.	Riesgo.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alejandro.
S. Sebastian.	Baroja.
Sevilla.	Fee.
Salamanca.	Moran.
Tarragona.	Puygrubi.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Perez.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Rodriguez.
Vitoria.	Ormiluque.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Gallifa.